

Elsa Lombardo Verza
Compiladora

SIN FRONTERAS

Cuentos, relatos y poemas II en Pandemia



Ricardo Vergara
Ediciones



Elsa R. Lombardo Verza

Nació en Río Cuarto. Peía. De Córdoba.

Actualmente vive en CABA. Maestra Normal Nacional. Maestra del Adulto y del Adolescente. Maestra especializada en literatura infantil y juvenil.

Autora de *Mundochico*, poesías para niños (2001).

Leyendas del Universo Guaraní Vol. I y II. Recopilación y adaptación. (2006-2008)

Pasaporte a Murava (Cuentos. 2012).

Otros viajes, otros vuelos (Cuentos 2014).

Otros tiempos, otras vidas (Cuentos 2015).

Presencias (Cuentos. 2017).

Pintablanca, el pecechico del lunar (Novela infantil. 2018).

Ganadora del Concurso Bicentenario la recreación del desafío (UTE-CTERA-CTA.- Rubro Cuento 2010).

ÍNDICE

Prólogo	
Una antología de esperanzas colectivas.....	9
<i>Daniel Barroso</i>	13
Milagros de la tarde.....	13
El capitalismo.....	14
Pandémicas	14
Río Yuro.....	14
<i>Carmen Báez</i>	17
Los idiomas del exilio.....	17
<i>Stella Maris Berón</i>	21
Goyo.....	21
<i>Isabel Cerruti</i>	29
Ex Olimpo ayer hoy y siempre.....	29
Siempre hoy es ayer.....	31
De noche.....	32
<i>Mario Capasso</i>	33
El pibe llamado.....	
<i>Daniel Costantini</i>	39
Penélope.....	39
<i>Nélida Ester Deluchi</i>	45
Muchacha	45
<i>Alba Irene Ferrari</i>	49
Relato de dos en café.....	49
<i>Sonia Gloria Figueras</i>	51
Ella...No sé si tu nombre debió	
Haber sido María o Malena.....	51
<i>Marta Celia Frega</i>	57
Palabras.....	57
Encuentro.....	60
<i>Raúl García Samartín</i>	65
Mujer	65
Y un día te vi.....	66
<i>Norma Leto</i>	69
Pensé	69
Otra vez.....	69

Despojo de mí.....	70
Brotos	71
Me encierro.....	71
<i>Hipólito Ernesto Manganelli</i>	73
Hoy rompí la rutina.....	73
Foto bajo lluvia.....	74
<i>Adriana Lisnovsky</i>	79
1.Otro patio.....	79
2.Once cuerdas.....	80
3.Dale, ma.....	82
4.Otros temas.....	83
5.A los recuerdos.....	83
6.Pequeñas muertes.....	85
<i>Gabriel Mateo</i>	87
Milonga de Artigas.....	87
<i>María Sol Perez de Vargas</i>	93
Pandemia.....	93
<i>Raúl Jorge Pagnotta</i>	99
Barbita, aquel bohemia.....	99
El último tren.....	103
<i>Vanina Santoro</i>	105
Crónicas de viento.....	105
<i>María del Carmen Segovia</i>	109
Dos pandemias.....	109
Ese desconocido.....	111
<i>Analía Temín</i>	113
El caso Trudis.....	113
<i>Marion Vollmer</i>	121
Leonarda.....	121
Los autores.....	127

SIN FRONTERAS

CUENTOS, RELATOS Y POEMAS II...
EN PANDEMIA

PROLOGO

Una antología de esperanzas colectivas

Escribir, encontrar palabras, antes del lenguaje ¿qué?: desde el lenguaje ¿qué?

ANTES DE LA PANDEMIA

Elsa llegaba al ex Olimpo con sus libros. Charlábamos un rato. Le hacíamos fotocopias de los textos que iban a trabajar en el taller. Elsa se juntaba luego con sus participantes. La oíamos desde la oficina hablar, con su voz clara.

En la sala donde se juntaban, en un ex Centro Clandestino de Detención Tortura y exterminio de la última dictadura cívico militar convertido ahora en Espacio para la Memoria, las fotos en la pared se dejaban ver con rostros de las y los detenidos-desaparecidos que parecían -también- ser parte de la reunión.

El taller comenzó con pocos participantes y fue creciendo al ritmo de los encuentros y la persistencia de Elsa. Así pasaron de ser un breve puñado de escritores a ser un grupo. Entonces escribieron y publicaron un libro, participaron en otro virtual y finalmente llega éste: un tercer libro colectivo escrito en el medio de la pandemia.

DESDE LA PANDEMIA

Elsa y las/os participantes se juntan por wasap; escriben sus textos, los envían, los leen, los comentan.

Elsa y las/os talleristas anudan en mensajes de wasap, miles de palabras; tensan la tecnología para sostener la trama. Trama de vínculos, lenguaje; de compañerismo, lenguaje.

El método es parte del contenido. Letras sin fronteras, como taller, se sostuvo en pandemia a base de insistencia, cariño, perseverancia escritora, optimismo mancomunado, necesidad de decir -con las herramientas disponibles- sosteniendo el deseo de compartir con otrxs el proceso de escritura.

El libro que tenemos en nuestras manos es la prueba empírica de que los proyectos se sostienen a base de disponibilidad, compromiso y vínculos.

También es la prueba literaria de que el Espacio para la Memoria es más que las paredes del ex CCD@; el Espacio para la Memoria también es los lazos que vamos construyendo entre todxs los que participamos, los que trabajamos, los sobrevivientes, los familiares, los que protegen el patrimonio, hacen arte y escriben, los que desde lejos mandan mensajes y se ocupan.

Este libro objetiva un imponderable de las políticas públicas de Memoria, Verdad y Justicia que se centran sobre los Sitios de Memoria: la construcción de vínculos sensibles y sostenidos que buscan y ponen palabras, que sostienen y proponen sentidos sobre el pasado y el presente; que habitan la incertidumbre desde el cuidado; es decir que este libro objetiva el imponderable, lo inesperado: allí donde el terrorismo de Estado quiso traer silencio, miedo y muerte crecen lazos, palabras y compañerxs.

María Eugenia Mendizábal.

Co-Coordinadora del Espacio para la Memoria ex Olimpo

Milagros de la tarde

Daniel Barroso

Escritor invitado

a Juan "Piri" Salinas

Lo improbable de su hazaña
Consta en un expediente secreto
Igual se lo reconoce
Ya sea por su andar
Por sus desbordes verbales
Por su ojo de triste cárcel
Han intentado dejarlo solo
Acorralarlo o soltarlo a los lobos
Es indestructible
O mejor dicho: destruirlo es una resurrección constante
Todavía los milagros lo buscan cuando cae la tarde
Y cuando la luna busca la luz en su rutina
Lo han visto esperarse como un enemigo a su cadáver

El capitalismo

Oportunidad de llegar a la cima

Pero si no lo has conseguido

Podemos seguir bajo el hacha

Y participar de la carnicería

Pandémicas

Una mañana piadosa con la luna aun en vigilia

La herida aún tiene algo de la sangrante noche

Las sombras son un ejercicio de luz desde lo alto

El lugar de cada cosa ha perdido su hábito

Soy la quietud en el vértigo de lo que me abandona

Río Yuro

Apenas se columbra el humo de un fuego íntimo y lejano

Piedras en la pisada de un viaje que arrojó huellas en el tiempo

Lo que ahí se yergue cambió hasta el color de la muerte

Solía saber que del hombre hay cuestiones con el destino que se tallan en la soledad y que abrevan en la multitud hasta saciarse

Desde hace tantas leguas y demasiadas horas que cada vez que me pierdo

Busco la verdad olvidada a la luz de sus ojos yertos y su boca entreabierta

A veces quisiera hurgar y poder sentir como ahora siento

Soy de cuando de solo nombrarlo parecíamos eternos

Los idiomas del exilio

Carmen Báez.

Escritora invitada

Creo que ahora estoy más reconciliada con el idioma castellano. Sobre esto va mi reflexión.

Dejé de hablar mi idioma prácticamente en el 76 cuando tenía 19 años y me fui a España, después de haber estado secuestrada y escapando a la muerte. Allá tuve que aprender a hablar como ellos, los “gallegos”, que en realidad eran madrileños, en particular porque para sobrevivir me dediqué a animación de fiestas infantiles y para las sesiones de títeres, a los niños no les podía hablar en porteño. No entenderían nada; así que tuve que aprender a decir melocotón, no durazno, chaval no pibe, aparte de pronunciar la “z”. Y para la Universidad Autónoma de Madrid donde no pude entrar en medicina porque era para una elite, rendí mis exámenes con acento local.

Mi familia consiguió el refugio político en Suecia y me uní a ellos. Allí viví del 78 al 80 y lógicamente, tuve que aprender sueco. Para estudiar medicina, me pedían que aprobara física, química y matemáticas ¡en sueco!

Nueve meses más tarde, cuando presenté los certificados, me aclararon que, a pesar de haber pasado, medicina no era para notas bajas (3 en 5) y que era mejor seguir una carrera de paramédica o técnica. Les dije que quería ser médica, todo en sueco lógicamente.

Cuando mi papá se fue a Mozambique en el 80 a trabajar y colaborar con un proyecto de una sociedad nueva y socialista, me ofreció ir a estudiar Medicina

en ese país. Así fue que pisé suelo africano y comencé a aprender portugués, la lengua de los colonos. La cosa se fue complicando o enriqueciendo culturalmente según dice mi hijo más chico.

Cuando me casé con Martin, sudafricano, cuya lengua materna era el inglés, le sugerí aprender mi lengua; nunca hablé ese idioma con él. Hice medicina en portugués. Como médica de los niños más pobres del mundo en una provincia rural de Mozambique durante la guerra, tuve que aprender a escribir la historia clínica pediátrica en los diferentes idiomas locales y según me decían, lo hacía bien.

Fue necesario porque era la única forma de comunicarme con esas mujeres heroicas que habían cruzado la jungla comiendo raíces para traer a sus hijos malnutridos al hospital. Y porque debía demostrarles mi respeto.

En el 94 asumió Mandela como Presidente y acompañé a mi marido que quería retornar a su país después de su exilio; Y ahí, mi problema fue el inglés.

Se me hizo muy duro al inicio porque hablaba un inglés de escuela y como había decidido dejar el hospital y hacer salud pública, digamos, discutir ideas, posiciones, políticas, se hacía más difícil todavía. Así que, en mi afán de contribuir con la transformación de la Nueva Sudáfrica fui mejorando mi manera de hablar ese idioma. Con los años compartí conocimientos, hice capacitaciones con metodología Freire, presenté trabajos, fui nombrada representante de los sudafricanos en diferentes instancias y fui una militante reconocida ¡¡todo en inglés!! Y un poco de Zulú, Sotho e Xhosa.

Mientras esto acontecía, hablaba el idioma natal con mis hijos y mi familia: veía películas y leía libros que me traían, pero no evolucionó, ni mejoró

académicamente ese español. Estaba anclada todavía en los 70, en el idioma de la escuela secundaria.

Bueno, todo esto es para pedir perdón por como escribo en castellano. Solo una cosa: enseñé mi idioma a mis hijos que era el único que hablaban conmigo, y que, sin ir a la escuela en castellano uno se recibió de médico en la UBA y el otro es estudiante y dirigente de una agrupación estudiantil arengando a sus compañeros... Cosas de la vida antes y después del exilio.

Goyo

Stella Maris BERON

Taller literario Letras sin fronteras

Ilustraciones de Lola y Flor

La puna es una gran extensión meseta en la alta montaña, del área central de la cordillera de los Andes. En un poblado de allí vivía Goyo. Chango pequeño que se dedicaba al cuidado de una majada de cabras que no le pertenecían pero que él cuidaba con amorosa dedicación.

Le gustaba andar pateando las piedras y ver cómo se perdían detrás de la nube de polvo que levantaba con sus ushutas gastadas. Él no tenía familia, había quedado solo después que sus hermanas se fueran a la ciudad a trabajar “cama adentro” y la posterior e inesperada muerte de su madre.

Dueño de su propio destino, gozaba de una libertad que a veces se volvía aterradora. Sobre todo, por las noches, donde veía a través de las ventanas algunos chicos como él, pero con madres que amasaban tortas fritas y padres que tocaban la guitarra antes de meterse al catre. ¡Ahí si los ojos se le mojaban y se sentía raro por dentro, eso a él le daba una rabia!

Corría entonces al rancho que le había brindado un lugarcito para hacerse compañía don Pancho, que siempre estaba tomando mate, los labios verdes de tanto masticar coca; y nunca le faltaba un trago, aunque a menudo no había con que acompañarlo. ¡Era una fiesta cuando la vecina hacía huascha loco y les

convidaba! Otras veces Goyo conseguía queso de cabra y algunos choclos que se transformaban en un verdadero manjar.

Una noche, acomodado ya en su cuero de oveja a punto de cerrar los ojos, antes que le doliera la panza, le preguntó al viejo:

_ Don Pancho...usted ha escuchao a la gente decir eso que ojalá encuentre la felicidad? Usted sabe quién la tiene o donde está eso?

_ ¿Y de dónde ha sacao eso chango? _ Preguntó asombrado, como haciendo tiempo para saber qué decir, mientras acomodaba en su boca el acuyico.

_ No sé, me lo dicen por ahí. Que, si me esfuerzo lo logro, y entonces quiero saber, para ir a buscarla.

_ Y ansíha'í sernomá_ dijo el viejo, y continuó_ Tengo oído de mis mayores que hay un cerro, bien lejos, que guarda todavía esos secretos que nadie alcanzó. Pero lejos, m' ijo, muy lejos. Hay que hacerse sabedor del cielo para guiarse de noche, conocedor de los yuyos y las aguas, enfrentarse a las inclemencias del tiempo, honrar a la pachamama y, sobre todo, honrarse uno mismo. No es fácil, nada fácil.

Los ojos café de Goyo parecía que se le hubieran agrandado. Esa noche no podía dormirse, ya no de hambre como tantas otras, algo extraño se había apoderado de su pequeño cuerpo. Entonces es verdad. Luego se sonrió un poco, retándose a sí mismo por pensar en esas pavadas, *¿Qué vas a hacer vos?* _ se dijo, *¡Mírate la facha!*

Al otro día la cosa le seguía dando vueltas en la cabeza, mientras llevaba a pastar las cabras, pasaba a buscar un par de humitas que doña Clotilde le daba

cada mañana; a veces era lo único que comía en todo el día. El viejo no podía ya andar, sus manos estaban duras y le costaba demasiado desplazarse. La ayuda de algún vecino y lo que Goyo traía, servían para sobrevivir.

Por la noche volvió a preguntar.

_ ¿Usted sabe cómo se va a ese cerro don Pancho? Ese que me dijo que era donde está la felicidad.

El viejo se dio cuenta que algo había de diferente en ese chango que conocía tan bien. Él no era de preguntar, más bien de poco hablar, sí. Lo notaba inquieto, cuando fue siempre más bien tranquilo, sintió que el momento había llegado.

_ Si quiere saber, la que sabe es doña Milagros. La mano santa que vive ahísito detrás del cerro pelao, antes de llegar al río.

No quedaba cerca, pero la conocía, sabía dónde era. Le tenía que avisar a su amigo el Payo que ese día le cuidara las cabras, que le daría a cambio la galleta y las humitas.

Le explico doña Milagros por dónde era el camino, que era una larga travesía, llena de peligros, los vientos eran fuertes, las aguas crecían rápido, el frío era intenso. Pero también le dijo que el secreto de aquella montaña daba un poder único. Que ya no volvería a ser el mismo y quizás no volverían a verse.

Esas palabras le hicieron sentir un frío que recorrió su cuerpo y lo impulsó a hundirse en el regazo de la mujer donde tuvo ganas de quedarse para siempre. Era aún pequeño, pero también muy valiente y lo tomó como un desafío. Doña Milagros le preparó un atadito con comida y le dio un aguayo que haría las veces de abrigo. Durmió un rato y salió al amanecer.

Comenzó a trepar rápido, y a saltar casi entre las piedras, contento, pensando sólo en el premio que iba a buscar. Anduvo así un largo trecho, hasta que ya no pudo divisar el caserío. Vio venir la noche y busco refugio en la oquedad de unas piedras. Logro encender un pequeño fuego, y comió un poco de charqui. El silencio de la noche, no era el mismo que conocía. Y eso que él tardaba en dormirse



Comenzó a escuchar, con temor, diversos ruidos y sonidos que no reconocía. Pequeños roedores, cazadores nocturnos que emitían una especie de chirridos como el de los grillos, pero distintos. Aves con gorjeos como llamados, crepitar de las rocas, como si se movieran, sonido que emitía el viento contra los pastos como los que solía tocar en su quena, agudos, extensos. Se cubrió la cabeza y se quedó dormido.

Se despertó varias veces para alimentar el fuego, tenía la impresión de estar rodeado de ojos que lo observaban. Al clarear siguió camino. Apresuró su marcha y, ensimismado, resbaló cayendo un buen trecho. Se raspó bastante una pierna y un hombro con varios magullones: Entonces caminó más lento y pudo observar lo que lo rodeaba. Levantó la vista y decidió por dónde seguiría, Calculando dónde poner el pie para el próximo paso. Se daba vuelta cada tanto

para ver lo que había recorrido. La pierna le dolía, pero sin ese dolor nunca se hubiera fijado en su propio andar, mirar hacia dónde, fijarse cómo hacerlo, asegurar un pie antes de mover el otro, volver la vista atrás para darse cuenta de donde viene y entonces agradecer a tata Inti por brindarle la luz y el calor.

A medida que subía, el frío se volvía más intenso y la montaña más empinada. El viento lanzaba ráfagas que llegaban desde los picos nevados, lo que hacía que retrocediera su marcha. Más de una vez pensó que lo derribaría, entonces descubrió que podía elegir su propio tiempo, cuándo era el momento de detenerse, de poder esperar para después continuar.

Por las noches solía pensar en su madre, en don Pancho y su coca, en sus cabras y su amigo el Payo. Sintió por primera vez que extrañaba, que quería abrazarlos. Conoció las penas y supo que en esas penas teje sus hilos lo amargo. Se fue durmiendo con esas figuras, como si lo acompañaran Sintió calorcito y al despertar se dio cuenta que un guanaco estaba a su lado. Se imaginó que era Coquena que había venido a protegerlo. Acarició al animal como a un viejo amigo, y comprendió la importancia y el abrigo que da tener con quien compartir. Sonrió agradecido.



Llego al otro día al cerro indicado, donde el camino era cada vez más estrecho, bordeando precipicios y, aferrado fuertemente a su propósito, logró alcanzar la cima. Solo encontró un claro y límpido espejo de agua donde vio su propio reflejo, bajo un cielo profundo, azul y el vuelo de un cóndor por sobre su cabeza. Detrás, las montañas, la travesía, las heridas, las fuerzas, el anhelo.

Bebió esa agua fría como queriendo llevarse ese momento. Esa imagen suya en la que se vio diferente, más fuerte, poderoso, grande y pensó que tal vez el agua tenía poderes mágicos. Desde donde estaba, tan alto, podía ver que bajaban una gran cantidad de picadas, trazadas por los animales, que conducirían a tantos lugares, algunos más cercanos como su poblado, o más lejanos, donde vive quizás esa gente que suele ver pasar por su pueblo en grandes rodados. Supo que tenía que elegir un camino y no dudó. Comenzó el descenso; sabía que no estaba solo, que por allí andaba Coquena. Sabía también que si sentía hambre cerca de las lagunas encontraría huevos de ñandú o pato puna, y con un poco de maña y buen fuego hasta podría pescar algún suche distraído.

La noche y sus sonidos ya no le resultaban amenazantes, despertaban ahora su curiosidad por descifrar esas voces, chirridos o cantos que se intensificaban con la luz de la luna y desaparecían al amanecer. Descubrió que el viento tocaba en diferentes escalas, allí donde la tierra se arruga y se pliega sobre sí misma. Pensó en don Pancho, que ya era hora de comenzar a cuidarlo, que podía arreglar con la ayuda del Payo, esa cumbrera que estaba partida. ¡Y el Payo! ¿Entendería lo que tenía para contarle? ¿Cómo transmitirle lo que había vivido allí arriba? ¿Cómo explicarle que él era el Goyo de siempre, pero que a la vez

no era el mismo? *Rara la felicidad* pensó. Habitaba en él una sensación de bienestar, de placidez como un crepúsculo manso después de la travesía.

Bajó pensando que podría abrazar nuevamente a doña Milagros y con orgullo decirle que allí estaba, que había regresado. Y compartir con su gente lo vivido, para animarse a soñar con sus ojos bien abiertos, otras quimeras.

Ex Olimpo ayer hoy y siempre

Isabel Cerruti.

Taller literario Letras sin fronteras

FLORES

I

_ ¿Por qué?

Caminamos en silencio por el pozo muerto, oprimidos por el recuerdo de los vivos, mientras me dice al oído que quiere saber, pero no se anima a preguntar.

Dejamos la rosa roja allí, en el pasillo donde la vimos ya sin vida. Al oído le digo Decile que es donde está la rosa roja. Le muestro la rosa y con la mano en el hombro de su amigo susurra: Me llevo a mi mamá.

II

Te dejaban en libertad: ¿Libertad? No. Sólo te sacaban del pozo.

Te llevaron entonces a despedirte de tu mamá que estaba destrozada por la tortura en el piso de la enfermería.

Hace mucho que tuviste que irte lejos. Pero estás siempre en los juicios, en visitas y, cuando venís, siempre, siempre dejas un ramo de jazmines en ese mismo lugar de encuentro y despedida. Y en el aroma de los jazmines sentimos el amor de madre e hija, siempre.

III

Era verano. Vino una señora y dejó un ramo de flores a la entrada del pozo.

_ ¿Quién es?

Y supimos porque no fue la última vez. La mamá de Puchi le traía el regalo a su hijo, su ofrenda, su homenaje, su dolor inmenso en el día de su cumpleaños.

Año tras año con paquetes de facturas para quienes estábamos aquí.

Era dolor. Era amor. Era celebrar su vida. Las flores para él y las facturas para compartir.

Aquel nacimiento, su vida y el vacío inmenso que, aunque fuera por un día se llena de flores.

SIEMPRE HOY ES AYER

_ Bueno, te llamo.

_ Sí. Ya sé.

_ No seas malo.

Hoy, que puedo llamarte me restrinjo para no molestarte tanto y obligarte a respuestas: “Bien, todo bien. Voy, no puedo”.;

Se une el tiempo; me recosté pensando en vos, como siempre ¿como ayer?

No, el tiempo es uno. Se une el tiempo en la oscuridad de todo.

En el mismo centro vital del terror te arrancaron de mí. A veces, siento aún ese desgarró físico.

“Que me maten si eso te salva. Que te salven, aunque sea estos asesinos. Que te dejen conmigo”.

En un instante, todo. No hay pasado. No hay futuro ni presente. Sólo vos y el desgarró visceral y anti-natural, impiadoso.

Una ciénaga nos hunde. No soy capaz de replicar ni en palabras ni en señas siquiera aquel agónico momento que traspasó el más enorme de los horrores del miedo y del amor. Y preguntar por teléfono, con toda la piel encarnada en alarma de espanto

_ ¿Cómo está? Y del otro lado:

_ Está durmiendo.

Ya está. Volví a vivir sin importarme morir.

Y siempre hoy es ayer. como esperé ayer, el hoy.

Y hoy es ayer y hoy quiero sentir otra vez "Chau, mami, me voy a dormir". Y soy un poco más feliz.

DE NOCHE

Las puertas se cierran. Hora de dormir. Acostada en la cucheta de arriba, el cuerpo gira hacia la puerta del tubo, en custodia. Como si mirar la puerta sirviera para que no entren, para no escuchar. Como si sirviera.

Por momentos se dormita; se cree que es el único que no duerme, el único que piensa, teme, sabe lo peor, espera lo mejor.

Por la mirilla se ve el agujero del techo: se ve oscuro. Por ese techo que ellos caminan. Y la oscuridad prosigue, largamente... Largamente.

El tiempo no pasa, La oscuridad no pasa. Pero luego cede ante la asombrosa, inconmensurable, maravillosa luz que aparece y corre a la oscuridad, lenta e inexorable.

Desde el agujero, se ve el perfil de una claraboya: se ven techos de chapa.

Pasó lo peor.

Un alivio de vida surca el cuerpo, surca la vida.

Con la luz, duermo y duermo.

El pibe llamado

Mario Capasso

Escritor invitado

Mentiras, mentiras, me dije,

disgustado e impotente.

Casa de embustes y de embusteros.

De ser burla, era excesiva.

“ZAMA”, ANTONIO DI BENEDETTO

... que nos digan adonde han escondido las flores...

“TODAVÍA CANTAMOS”, VÍCTOR HEREDIA.

En la plaza se repetían los gritos habituales. El hombre hamacaba al pibe llamado Agustín y sus manos se blandían enormes, casi un exceso contra el cuerpecito que se balanceaba inocente.

Mientras tanto, una anciana los miraba desde la esquina. Parecía haber estado allí desde siempre, como una habitante de la obstinación.

Transcurrieron algunos minutos bajo el sol de ese domingo de fines de 1.978. En la misma plaza un perro excavaba con afán, casi con desesperación. Buscaría algún tesoro tal vez, y cuando un pozo lo defraudaba comenzaba otro; no aceptaba la derrota. Daba la impresión de haber decidido una búsqueda eterna.

La anciana se acercó poco a poco, como si experimentara atracción y rechazo al mismo tiempo. Avanzó entre chiquilines que jugaban ajenos a todo lo que no fueran sus juegos y adultos que miraban hacia otra parte.

El hombre percibió que la mujer venía hacia ellos.

—Quedate un ratito acá. No tengas miedo, estaré cerca — le dijo al niño, mientras lo sentaba en un banco.

Encaró decididamente a la mujer, que pareció soportar la arremetida.

— No es la primera vez que la veo rondando por acá, ¿qué quiere?

—No sé. Es que el chico se parece tanto. Es su hijo ¿verdad? ¿Cuántos años tiene? ¿Dos? ¿Tres?

—¿A quién se parece?

—A mi hijo, y mucho... pero yo ya no veo bien, tal vez la vista me engañe.

—Ah, tal vez, claro, entiendo. ¿Y quién es su hijo? ¿Dónde está?

—No lo sé, lo he perdido, igual que a mi nuera y a mi nieto, al que apenas tuve en mis brazos alguna vez.

—¿Y cómo se llama su hijo?

—Patricio, Patricio Peña. Pero usted no lo conoce. Ya nadie lo conoce.

De pronto, el sonido de un llanto interrumpió la conversación. El hombre abandonó sin más a la anciana que comenzó a irse lenta, precaria. Ella caminó unos pasos, se detuvo un momento y dio vuelta la cabeza, tal vez sintió que alguien la había nombrado, pero no, sólo el pequeñín se lamentaba mientras la

gente seguía distraída. El cielo había comenzado a nublarse, pero nadie parecía haberse dado cuenta.

La mano poderosa quitó el polvo de la lastimadura.

–Pero si no es nada, Agustín. No es nada, te digo, dejá de llorar, calmate.

Ya de vuelta a la casa, el hombre se dedicó a limpiar las armas de su colección. Ya lo había hecho durante la mañana, así que cuando Marta entró a la sala se lo hizo notar. El hombre dejó por un instante el arma que tenía en sus manos, la apoyó sobre la mesa y le contó que en la plaza una vieja había logrado ponerlo nervioso, y que por culpa de ella Agustín se había lastimado.

–Pero si fue un rasponcito apenas –dijo Marta.

–Sí, pero él llora por cualquier cosa, lo sabés bien. Justo él, un varón.

Entonces hablaron de las pesadillas de Agustín, cada noche una tortura.

–Sabés qué estaba pensando.

–Qué.

–No, nada...

La cena sucedió temprana y tensa. El niño miraba alrededor en actitud de buscar algo. Le alcanzaron algunos juguetes que invariablemente dejaba caer. Luego el hombre le presentó sus rodillas en ofrenda de caballitos.

Esa noche el hombre apenas si durmió un poco. Ya de madrugada, incursionó en la habitación de colores y comprobó que, desafiando la rutina, el niño sonreía como en sueños de otro mundo, inaccesible, perfecto, sin pesadillas por esta vez.

El lunes amaneció nublado; el hombre acercó el niño al jardín de infantes.

–¿No hay un beso para papá?

El niño arrimó su cara y la mano lo acarició deteniéndose un momento entre el pelo, como si intentara despojarlo de algo.

La maestra recibió al chico en la vereda, esbozó un saludo dirigido al hombre, pero el ademán quedó colgado en la mañana, pues el auto había arrancado con violencia y se alejaba perdiéndose en la ciudad, que a todo esto parecía embotada, como dormida.

Ya instalado en su despacho, el hombre abrió el diario y pasó revista a las noticias sobre política nacional. El ambiente se notaba pesado, el lugar se consumía en silencio.

De pronto, dos golpes retumbaron en la puerta.

–Adelante –ordenó el hombre.

–Buenos días, mi coronel –dijo un sargento, saludando como correspondía a los rangos.

–Dejate de pavadas, pasá y sentate.

–Los muchachos están aburridos, los que estuvieron de franco, digo.

–Entonces para ellos tengo algo especial. Que lleven a ese periodista Peña para abajo. Quiero que estén todos, que no falte nadie. Cuando esté listo me avisás, ¿entendiste?

–Pero, mi coronel, recuerde que del Comando ordenaron...

–Al carajo con el Comando, yo me hago cargo, vos obedecé y callate.
Hace mucho que lo estamos guardando. Se acabó.

El hombre quedó nuevamente a solas. Hojeó el suplemento deportivo, aún resonaban los gritos triunfales del mundial.

“Les tapamos la boca a todos”.

Siguió mirando el diario, los dedos sucios de tinta. Al rato, el teléfono lo llamó a ese día y esa hora.

–Voy para allá.

El hombre miró la foto que había sobre el escritorio, la tomó y le quitó lo que a él le pareció una mancha. Se levantó y entró al baño. Mientras orinaba pensó tal vez en la anciana de la plaza, o en los gritos que poblaban sus noches y se confundían con las pesadillas del pibe llamado Agustín. O quizá no pensó.

Pareció agitarse, se miró un instante al espejo y salió.

Recorrió los pasillos como tumbas. Caminó despacio, rodeado de puertas cerradas, bajó por una escalera donde el sonido de los pasos desaparecía en un eco fugaz.

Cuando llegó a la sala, tomó asiento en un lugar alejado. Los que podían verlo tardaron en darse cuenta de su presencia, se hacían bromas y reían, hasta que alguno interrumpió una frase e hizo un gesto con la cabeza indicando el sitio donde el hombre se había sentado. Poco a poco se hizo el silencio de las risas y las bromas, sólo permaneció el lamento del que yacía en medio de los que habían reído, que tal vez esperaban un largo interrogatorio.

El hombre miró a un costado, luego al otro. Y dijo.

–No le quiten la mordaza. Denle nomás. Hasta el final.

En la casa suena el timbre y Marta sale a la puerta. Le traen al pibe llamado Agustín.

–Se ha ensuciado todo, señora. Y no para de llorar. Hasta hace un rato gritaba como loco, si usted lo hubiera oído...

Marta se agacha, toma entre sus brazos al niño, lo acaricia, lo besa.

–¡Ay, hijo!, ¿qué es lo que te han hecho?

Incluido en el libro de cuentos “El futuro es un tropel absurdo”, año 1999.

Penélope

Daniel Costantini

Taller literario "Esa Mujer"

La Isla de la Paternal

Ya falta poco para las fiestas. Tengo que poner los adornos. Uli trajo algunas cosas: guirnaldas que con poco arreglo van a quedar lindas, también unas bolas brillantes, hasta una estrella amarilla consiguió, no sé dónde las encuentra. Cuando le pido algo, enseguida lo consigue. Es que anda mucho. Es fuerte y el carrito siempre lo trae lleno, yo salgo también, pero es distinto. Voy con Dieguito y la Doris a cuestras, pobres angelitos, ellos se divierten andando por ahí, montados sobre los cartones, se pasan horas jugando con alguna chuchería que encontramos. Otras veces aparecen cosas buenas, a esas las ponemos en la vereda para venderlas. Unos pesos se sacan.

Cada vez está más difícil la cosa. Por suerte en el verano todo se hace más llevadero. Joden los mosquitos, eso sí. Se forman charcos de agua y allí se crían. Pero con Uli hacemos fogatas con pasto y ramas verdes, entonces el humo los ahuyenta. O con algún repelente medio vacío, que encontramos por ahí, nos arreglamos. Con que nos pongamos unas gotitas alcanza. Tenemos la piel curtida, ja. Pobres mosquitos, ¿con quienes se fueron a meter? Pero ellos siguen jodiendo y dale con su ruidito, sobre todo de noche.

Los perros duermen con nosotros, ellos aportan sus pulgas para la picazón también. Pero son tan compañeros y los chicos se entretienen un

montón con ellos, los abrazan, los corren, los pobres tienen una paciencia a toda prueba. Son parte de la familia, me siento cuidada por ellos, sobre todo por Argi, que es el más bravo. Parece que entendieran que a esta malaria tenemos que apechugarla entre todos.

Cerca de donde levantamos la casilla hay un gran parque. Del bebedero sacamos agua para tomar y para lavarnos, ¿qué más se puede pedir? La Isla dicen a este barrio, quien sabe por qué, capaz que porque está medio aislado. Mejor así, es más tranquilo.

Uli dice que las cosas van a cambiar, que, si el negocio le sale bien, vamos a comprar una chata para hacer fletes. Pero yo la verdad lo veo verde. Quién sabe en qué negocios ande, mientras no se me venga con alguna cagada. En esta época hay que cuidarse, no es nada caer en cana, eso ya lo pasamos, ahora te pegan un tiro sin avisar, los tiempos son duros. La policía anda como acorazada y cada vez nos tratan peor. Ya quisieron tirarnos la casilla. Por suerte la gente del barrio se metió y no pasó nada. Pero se quedaron con la sangre en el ojo.

Además, dicen que el gobierno quiere levantar torres en el parque, que se yo, una locura y que van a querer limpiar la zona. Claro, nosotros somos la mugre. Ya veo las tremendas vigas de cemento que están poniendo por todos lados, son para que pase el tren. Lo van a la levantar. Así los autos no tienen que esperar la barrera. A mí esto no me importa mucho, lo que sí me molesta es que pongan esas vigas por todos lados.

Pero la Navidad está cerca y los chicos tienen que tener su arbolito. Los adornos los tenemos. Voy a pedirle al Uli algunas guirnaldas más así las

colgamos en la vereda. Tal vez hasta podamos invitar a algún vecino a pasarla con nosotros.

A veces nos traen comida, nada de restos, no, comida en serio, recién hecha. Con eso llenamos la panza. A los chicos les traen gaseosas o jugos. Buena onda los vecinos. Ellos dicen que no quieren que se construyan las torres, que se va a perder el parque, que se va a llenar de sombras y de autos. Si, la verdad sería un desastre. A nosotros nos rajarían de entrada. Ese parque lo disfrutaban mucho los chicos y viene gente de todos lados. Uh, ¡que horrible pensar que se pueda llenar de edificios monstruosos! Uli dice que, si quieren hacer eso, él les va a romper todas las máquinas. Pobre, se cree Superman. Los chicos también lo creen. Piensan que su papá puede hacer cualquier cosa, que de un soplo hasta puede hacerlos volar. Yo los dejo que crean, total, ¿qué se pierde? Se sienten protegidos con su papá. Y el otro chocho mostrando sus músculos. Claro andar llevando el carrito de aquí para allá todo el tiempo, es como estar siempre en el gimnasio.

Sería lindo que tuviera la chata. Yo lo ayudaría como peona y podríamos hacer fletes a todos lados. Tal vez juntar y conseguir una casita por aquí. La verdad me gusta este barrio, es tranquilo y los vecinos ya nos conocen. Podríamos hacerles fletes a ellos ya que nos tienen confianza.

¿Qué negocio será el que está esperando Uli? Cuando se le pone algo en la cabeza no hay Cristo que se lo saque. No le quiero preguntar mucho porque se enoja. Me dice que confíe en él, que todo va a salir bien y yo le creo, por eso estoy tranquila, a pesar de que ya tendría que haber vuelto, pero a veces cuando se junta con sus amigotes, se entretiene por ahí tomando una birra. Pobre uno de los pocos gustos que se da. Hoy iban a arreglar algo de ese tema del negocio,

en otro barrio. Entregó el carrito, se vino para aquí y volvió a salir. Me dijo que a lo sumo en un par de horas estaría de vuelta. Que cualquier cosa él se comunicaba por el celu. Y bueno, se habrá demorada por algún asunto relacionado con el negocio. Voy a aprovechar que los chicos duermen para barrer un poco la vereda y colocar la otra guirnalda sobre el arbolito. Mañana se van a despertar contentos cuando lo vean. El árbol es el que está plantado, es un pino chico, viene justo. Que linda vista que tenemos desde este lugar. Si tuviera dinero compraría una casa exactamente aquí. Se ve todo el cielo lleno de estrellas. De vez en cuando pasa algún deportista corriendo, haciendo ejercicio, yo lo saludo, es una manera de sentirme parte del barrio. A veces saludan muy respetuosos. Otras no dan ni bola, son maleducados. Uli me dice que no me caliente, que se sienten estrellas, Por suerte la mayoría sí saluda. Cómo tarda, ya me cansé de barrer la vereda al final le voy a terminar sacando brillo y el otro no aparece. Una vez me dijeron que hace mucho tiempo había una mina que, esperando a su marido, tejía un chal de día y de noche lo destejía. Parece que, si lo terminaba, se tenía que casar con uno de los chabones que la pretendían. Yo estoy igual, pero no tejo, barro. A mí no me pretende ningún chabón, todos saben que, si alguno lo intenta, el Uli lo caga a trompadas

Ayer lo encaré a Mariano, el sale mucho con Uli, se conocen desde cuando vivían en José C Paz. Después vinieron a trabajar a la capital. Le quise sonsacar algo sobre el negocio ese que tenían entre manos. Uli me había dicho que lo haría con Mariano. Pero no quiso largar mucha prenda, como si se hubieran puesto de acuerdo para no decir nada. Dijo que era por la zona de Caballito, que en un par de horas quedaría finiquitado, y no dijo más. Llamé a su

celular, pero no contesta. Ya pasaron como cuatro horas desde que salieron. Voy a aprovechar para rezar al Gauchito Gil, él nos entiende, le voy a rezar por Uli, porque salga todo bien, allí en la plazoleta hay un santuario. Espero que me escuche, después me voy a hamacar en los juegos toda la noche hasta que vuelva Uli, voy a hacer de cuenta que él me empuja con sus soplidos.

Desde aquí se ve precioso el arbolito. Uli se va a poner contento cuando lo vea. Me sigo hamacando, a estos juegos les hace falta grasa. Pero me gusta el chirrido que hacen, es como si me acunara. Como allá en la placita de José C. Paz. Ya está saliendo el sol, se ven los primeros corredores que me miran como a una loca hamacándome sola. Uno se acercó a preguntarme si estaba bien, le dije que sí, que estaba esperando a mi marido. Que lindas son las madrugadas; desde aquí uno ve como la ciudad empieza a moverse, primero los pajaritos, de a poco van apareciendo personas, después los autos. Como en una película, los distintos personajes y yo aquí, casi volando, casi dando toda la vuelta, casi mirando las cosas desde las ramas, como los pájaros. La gente que pasa me mira, algunos un poco asustados. Ya abrió el supermercado y Uli no aparece. ¿Qué hace ese patrullero ahí parado?, ¿qué quieren estos tipos? Vienen a joder seguro, no les voy a dar bola, me sigo hamacando, como en la placita de José C Paz, mi viejo me empuja, y yo vuelo voy, vengo, voy vengo, vuelo, vuelo, vuelo, voy, voy más arriba, no quiero volver, vuelo, vuelo, vuelo...

Muchacha

Nélida Ester Deluchi

Taller literario Letras sin fronteras

Escuché sin querer que alguien gritaba.

_ No andés desnuda por el departamento.

_ ¿Por qué?

Voz de mujer también gritando. Quizá ella, estaría en la cocina y él, en la habitación.

_ Por los vecinos, pueden verte.

_ Vine sólo a tomar un vaso de agua... ¿Son muy espiones?

_ Y sí. Si te ven, me van a denunciar.

_ ¿Soy tan fea?

Y escucho su risa cristalina. Me había intrigado y tratando de verla pasar, abro la ventana. Nuevamente escucho su risa, junto a “Canción para mi muerte” de Sui Generis

“Es larga la carretera

cuando uno mira atrás

Vas cruzando las fronteras

sin darte cuenta, quizá.”.

Me la imagino, moviéndose al compás. Ella canta también...

“Tomate del pasamanos

porque antes de llegar
se aferraron mil ancianos
pero se fueron igual”

_ Esta es la que más me gusta.

_ A mí también me gusta... pero no como vos la sentís.

_ ¿Y cómo la siento?

Y veo cómo se refleja su sombra en la cortina de la habitación. Su cuerpo se apoya de espaldas con una mano en la cintura. Levemente, la brisa la va transformando en olas. Suben... bajan... Según se acerque o se aleje ella con sus movimientos.

Sus brazos siguen el compás y parece, en ese momento, una diosa de largas piernas y brazos de tentáculos, nadando en un mar de espuma por las fuerzas de su oleaje y en otro, una sirena blonda huyendo de las caricias del agua circundante.

_ Vos sabes, esa mezcla tuya de amor y muerte... por eso lo digo.

_ Es así la canción para mí. ¡Romántica y descarnada por lo realista de lo que pinta... me encanta!

_ ¡Yo, sólo te digo, que no me involucres! Yo sé que tiene otro significado para vos...

_ ¿Por qué? ¿Me lees el pensamiento?... Todo lo sabés. ¿Será porque ando desnuda?

Él le arrojó con fuerza algo sobre la cama.

_ Por favor, vestite

Y prepararás la cama para dos,

tara ra, tara ra, tara

ra...

Silencio... No escucho nada... Tomo agua...

Vuelvo a mi ventana y del edificio de enfrente. Sale y la veo, con su bolso de piel marrón, su sombrero gris, su vestido de domingo y sus pequeños pies descalzos. Cierra la puerta, baja los escalones que dan a la calle... Se pone a caminar para el lado del parque. Me la imagino con mirada triste.

Él asomó su cabeza por la ventana del departamento de enfrente. Gritó su nombre... Ella no volvió a mirar y siguió lenta y cadenciosamente mientras tomaba vuelo.

El ritmo de la lluvia sonaba a:

“¿A dónde vas?...

¡Quédate hasta el alba!

Muchacha ojos de papel...”

Yo saco mis brazos largos con manos de dedos que se estiran, se abren y cierran tratando de detenerla, él me mira con ojos de pregunta. Ella, ya traspasó la altura de los árboles... Respiro hondo. Tengo una gran tristeza, me inundo con mis lágrimas. De pronto, algo cae sobre mí, liviano, suave... y unos gritos que me estremecen

_ ¡Qué hacés desnudo aquí!

Valientemente abro mis ojos y me encuentro con la cara de mi compañera con los labios fruncidos para darme un beso y sus manos acomodando la frazada con la que me tapó. Mi abrazo, reconozco que fue demasiado fuerte... exagerado; ella sonríe y me da un tecito caliente.

Yo me pierdo en sus ojos y me quemo feliz con el líquido de esa infusión amorosa.

¡Y salto a ponerme agua helada!

Relato de dos en café.

Irene Ferrari

Escritora invitada

A papá y a Viole

Apenas entraron al café, ella sintió que podía soltar su mano.

Habían caminado unas cuadras casi en silencio; ésta es una breve parada antes de llegar.

Él intenta la conversación probando con ésto y con lo otro; ella apenas responde con monosílabos o gestos mínimos. Se la ve un tanto desgredada, poco convencida de comenzar el día tan temprano. Hubiera sido mejor seguir arropada y abrazando sueños bonitos, inentendibles pero bonitos.

Eligen una mesa cerca de la ventana. A ella le gusta descubrir pájaros entre las ramas de los árboles, y contarlos. A veces, la ayuda, al fin y al cabo, él fue quien le enseñó a descubrirlos.

_ ¿Querés un jugo? _ le pregunta.

Ella dijo sí con un leve movimiento de cabeza y continuó contemplando los árboles escondedores de pájaros. Sus piernas le cuelgan, las mueve en un vaivén de hamaca tranquila.

-Un jugo de naranjas y un cortado, por favor.

Él observa su rostro lagañoso. Es hermosa, piensa y sus ojos son dos lunas. Dos lunas graves que conmueven.

_ ¿Dormiste bien? _ Intenta otra vez.

_ Sí

Llega el mozo con el pedido y ella se acomoda. Bebe de a sorbos cortos, raro, porque es de empacharse por el apuro. Da vueltas el sorbete consiguiendo que él se concentre sólo en el gira y gira de naranja. La mira con ternura, ama en ella a alguien más.

La convida con una masita de las que acompañan el café, y en un gesto torpe empuja el vaso. Ella lo mira enojada y compungida. La mancha de naranja en el delantal podía empañar el resto del camino.

_ La cuenta por favor.

El reloj en la pared apura la partida. Deben continuar. Todavía falta un camino de dos cuadras a paso corto recién aprendido.

_ ¡Miraaaaaá!, un pájaro- grita alborotada.

El abuelo la levanta y le da una vuelta en el aire. Ella festeja a carcajadas y enreda su mano en la de él. Faltan dos largas cuadras hasta al jardín.

Ella...

No sé si tu nombre debió haber sido María o Malena.

Sonia Gloria Figueras

Escritora invitada

El cielo es azul. Ni una nube lo perturba. Cientos de colores suben y en el globo más lindo, más perfecto, en **unas plumas de nido**, el del color de las lilas, estás vos, Malena, conformando un poema fragante, con ese olor que perfuman...como vos. Tus ojos enmarcados por el flequillo negro, el pelo lacio hacia los lados, la perfección de tu cuello terciopelo te semeja a un Modigliani.

¡Ni una lágrima tuya...!

No quisiera saber que algún día **llorarás**. Yo estoy como siempre, entonando un **valsecito** de antes protegiéndote, un velo, **como mano blanca**, acaricia tu nombre y con un **paisaje** hecho **poema** te rodeo. Sostengo **recuerdos** en una **evocación del pasado**...tan sólo una **reminiscencia**, **quizás El Rosedal** o de pronto, el **Jardín Zoológico**, pero estoy aquí. Creciste. Hermosa. Sin afeites con ese tu pelo recogido hoy sos la Madonna.

Con un dejo de abandono, los dedos finos de tu mano toman el pocillo de café con ésa, tu singular delicadeza. El **hombre**, de negro total, impecable, te mira. No aparta sus ojos de los tuyos. Se me ocurre que implora **¿por qué no me besas?** y, **romántica muchacha** respondés con un **torrente** de finos coqueteos. Famoso bailarín, al tiempo, proyecta, gesticula.

Sus ideas superan con sus miradas el espacio para **el tango**. En un rincón pegadito al **telón**, conseguido a duras penas, tras una puerta cerrada que ¡vaya a saber dónde da! **el último organito** preside el ambiente como una pobre **burla** a los noveles tangueros o a los que fuimos estrellas en una irrepetible **nostalgia de arrabal**. Máximo, el hombre, tu compañero, a cada instante recorre el salón como **Betinotti** lo hubiera hecho con su **fueye** o **Discepolín**, con su **dale...dale**.

Alguien dice..._ La mira **solamente** a ella...Otro apunta..._ la saca a bailar. **Romance de Barrio** les respira el mismo aire y él se pregunta como el Ubi Sunt, parafraseando a Jorge Manrique en las coplas a la muerte de su padre:

*¿Dónde debemos buscarlos,
las damas, sus tocados o
sus vestidos, sus olores?
¿Dónde vamos a buscarlos?
¿Qué fueron sino rocíos
de los prados?*

Y el eximio, el de los pies con alas, haciendo gala de su memoria recuerda a Homero Manzi cuando en Barrio de Tango escribe:

*Barrio de tango, luna y misterio
Calles lejanas ¿cómo estarán?
Viejos amigos que hoy no recuerdo
¿Qué se habrán hecho, dónde estarán?*

Pero **Milonga sentimental** los retiene en la pista y la siguen con **Milonga triste**. Es evidente que sus cuerpos son uno. En **Esquina porteña**, lugar de moda, se conocieron y de ahí en más siguen juntos por la vida. La política en ellos sólo existe para concretar giras y la carrera artística de los dos.

Él viene del **suburbio**, del **sur**, Barracas, con toda la polenta de un **barrio de tango**, donde el viejo Mingo, siempre en **el pescante**, sabe de **barro** y no es un pituco adorador de **Douglas Fairbanks, h.** Por tanto, sabe montar espectáculos con todas las vivencias que lleva adentro y que provoca en vos, Malena, que llevás también en tus oídos **Alma de bandoneón** entonado siempre por tu padre.

Malena, esta **luna** que aparece **recién** en tu vida como del **más allá**, le **parece mentira, tal vez será su voz**, dice él, **tu pálida voz**, mientras roza tu piel con *suavidad*.

Europa los aplaude y Buenos Aires aclama la magia de los pies de Máximo, tu esbeltez y tu gracia, Malena. Si él anuncia **mañana zarpa un barco**, aceleran preparativos y parten. Viven en **ensueño** hasta el momento en que **Juan Manuel Correa**, el cordobés, de temple como lo fuera en sus tiempos **Eufemio Pizarro**, te conoce, nena, se enamora y te persigue ostensiblemente.

La tarde en que en la tanguería ensayan pasos nuevos para **Monte Criollo**, ese primer tango de Manzi para el estreno de **Nobleza de Arrabal**, Correa irrumpe con una pistola 22. Dispara. Máximo sólo puede alcanzar tu mano antes de caer sin pronunciar siquiera una de las palabras que había escrito en sus **Definiciones para esperar mi muerte**, que había compuesto el ilustre con su extrema brillantez.

Hoy **Has vuelto** Malena. **Te lloran mis ojos, como fruta amarga** y en el patio de mi casa, como si fuera **a su memoria**, movés tus pies. No distingo si dibujás **Gallo ciego** o el **Tango para Valdano**.

Te quedás con un vuelto de **pocas monedas**, como si penaras la **muerte de Quiroga** leída en un texto escolar o en una leyenda de **campo afuera** junto a este viejo que todavía trasunta por la **güeya** dejando atrás los **horizontes** de un día.

Yo soy un “**viejo muchacho de cafetín**” y frente a mi **taza de café** humeante, *me pregunto sin un llanto **¿volverás, pero ¿cuándo?** Ojalá por el camino de tu casa a la mía. ¿Volveremos a ser lo que fuimos? Yo, tu guía, vos, mi luz.*

Tu abuelo Malambo

En recuerdo y respeto al eximio Homero Manzi.

Las palabras en negrita son títulos de tangos cuyas letras son de Homero Manzi.

2° Premio Academia del Tango de Lomas de Zamora

Palabras

Marta Celia Frega

Taller Literario Letras sin fronteras

Sentada allí, siente solo palabras impresas en la piel, estampadas en la ropa. Palabras que se repiten: belleza, soledad. Infancia, soledad. Amor, soledad. Incomunicación, soledad.

La cubren, penetran en la mente adolescente abrumándola. Huesos visibles en un cuerpo desgarbado sin edad aparente, soportan una vida llena de silencios, privaciones y aplausos. La mano crispada sostiene la cabeza de pelo ralo disimulado con un pañuelo que parece querer detener el remolino de pensamientos que la agobian y la dejan desarmada sobre el sillón en posición fetal sumida en un sollozo.

Rulos rojizos caían por los hombros tersos de Chantal, la top Lolita del momento. Andar de pantera inocente, arrancaba aplausos y murmullos cada vez que pisaba la pasarela con los tacos aguja a los quince años. Sonreía mordisqueando el labio carnoso. Feliz a la vista de todos, mostraba el cuerpo enfundado en telas que los diseñadores componían para ella. Los ojos juveniles de la platea la seguían aplaudiendo; ella era el espejo donde cualquier niña de su edad quería reflejarse.

Se oyen los pasos sordos de las enfermeras en la penumbra del pasillo que lleva a la habitación de una Chantal indiferente que no escucha, no puede ni quiere descifrar todas las palabras dichas a la vez por los padres y los médicos. Miles de palabras que se clavan en la piel, flotando en el aire como los rumores que llegan desde la platea pero que nunca logra entender. A duras penas levanta la cabeza, se mira en el vidrio de la ventana que le sirve de espejo en la leve oscuridad del cuarto de hospital. La mirada hundida en la máscara del rostro reconoce su imagen y entonces gime con un graznido tétrico.

Chantal miraba a su madre hecha ovillo en el sillón. La mujer se movía decorando la habitación con los colores y objetos que elegía, sin consultarla. Ella la miraba sin decir palabra. Los decoradores tampoco parecían verla y mostraban todo para su aprobación; joven aun, enfundada en sus jeans, cabello largo, andar felino, aprobaba y sonreía, mientras examinaba las telas, sobre su cuerpo y seleccionaba lámparas, almohadones, cuadros, ignorando a la lolita que observaba como si fuera una película de sí misma, recostada, mirando hacia la ventana.

El padre desaprobaba la situación moviendo la cabeza de un lado a otro. Chantal lo miraba triste, interrogante, pero obedecía sumisa las indicaciones de la madre que controlaba su alimentación, le enseñaba los pasos a seguir en esta carrera que en otros tiempos ella había deseado.

No estudiaba, no veía a las amigas, solo se ocupaba del cuerpo, la piel, los kilos y las poses. El entusiasmo de la madre parecía agobiarla y dibujaba una sonrisa robótica. Sola en la habitación, se tiraba laxa en el sillón, cansada y miraba televisión con los dulces y la chocolatada, alerta por si ella llegaba para esconder todo, y vomitar para luego subirse a la balanza. Se cepillaba los dientes, se miraba enojada en el espejo viendo esa imagen como monstruosa, descolorida.

Rehuía siempre la mirada admonitoria del padre. Desganada, admitía las pruebas que hacían sobre su cuerpo los diseñadores, mientras la madre hablaba y hablaba, feliz. Miraba sin ver, con sonrisa dibujada. Solo observaba la boca moviéndose sin parar; para ella, todo era silencio.

Ahora, en la mesa de la sala de espera del hospital se ven las revistas con las fotos de Chantal. Las enfermeras comentan y señalan su habitación.

Han pasado dos años. Sigue siendo una niña en un cuerpo que ya no conoce, que no responde, que se desgrana ante cualquier esfuerzo; que respira agitada, grita ahogada, llora sin lágrimas, pide ayuda con la mirada.

Los médicos acuden ante el sonido estridente de las máquinas que la monitorean en la terapia intensiva.

La madre llora y la mira sin esperanza a través del cristal que las separa.
La hija adolescente está yéndose, despacio sin abrir los ojos y ya no podrán
cumplir los sueños de fama, belleza y dinero.

El padre solloza, invisible, en un rincón.

Encuentro

Marta Celia Frega

Taller Literario Letras sin fronteras

Salí muy temprano de casa para llegar puntual a la estación y no perder el tren. Acarreo el equipaje y la lluvia que no para.

Ya dos horas en este tren ruidoso. El camarero camina balanceándose por el pasillo del vagón anunciando el desayuno. El aire está colmado de olores diferentes a comida, perfume y polvo. Ansiedad.

A media mañana miro la lluvia que hipnotiza y esconde el paisaje. Me sobresalto porque pasa un vendedor ofreciendo diarios y revistas. Compro una sin saber de qué se trata. La ansiedad me ahoga.

Mi corazón salta emocionado. Sé que me estará esperando.

Pasó el almuerzo hace un rato largo, pero los aromas siguen flotando y revuelven mi estómago que se aprieta cada vez más por los nervios.

Me retuerzo en el asiento, me aletargo, sostengo una revista que no leo. Miro el reloj que me regaló. Veo a través del cristal de la ventanilla. Imagino distintas escenas en el andén al llegar, el sombrero encajado para que el ala proteja el rostro, siempre con el abrigo que remarca los anchos hombros, seducción, intriga, cabello al viento, rostros mojados, sonrisas, valijas, casi como en una película de encuentro entre dos amantes. Una sonrisa amartelada se dibuja en mi cara acompañada por un suave suspiro y el pasajero a mi lado me mira extrañado obligándome a esconder la cabeza detrás de la revista.

Ahora es media tarde. Otra vez el camarero ofreciendo la merienda y vuelven los olores, pero esta vez me gusta el aroma del café que me hace recordar nuestras charlas en el bar.

Sigue lloviendo desde que salimos. Golpeo un poco el reloj porque parece que no funciona bien. ¡camina tan despacio! ¡Cuánto falta para llegar!

Atardece. El paisaje mojado desaparece en las sombras, la lluvia golpetea en la ventanilla dónde solo se refleja mi imagen. Intento dormir. Mi compañero de asiento no se muestra muy satisfecho porque no logro acomodarme. Me duele el cuerpo, ardo. ¡Cuánto falta para llegar!

Ya pasó creo, la hora de la cena según mi reloj, pero no la vinieron a ofrecer entonces debemos estar cerca. Sí, eso debe ser.

Se oye un fuerte chirrido, el tren se sacude un poco en el cambio de vías. Apoyo la frente en la ventanilla para intentar ver si estamos cerca, pero afuera la oscuridad es espesa, la lluvia no colabora; sólo veo a lo lejos una luz desdibujada por el agua que resbala por el vidrio. La marcha de este dinosaurio de acero es más lenta ahora. ¿Llegamos?

Después de un rato, los pasajeros de mi vagón comienzan a moverse arreglando su equipaje. Sí, seguro estamos llegando, lo sé, lo siento, mi corazón me lo dice. Estará ¿verdad? Sí, estará, seguro estará; lo repito, estará allí en el andén esperándome: quizás compre flores y escriba la más bella tarjeta o caminando de un lado a otro mojándose feliz. Seguro estará.

10.30 p.m.:

En punto entramos en la estación terminal.

¡Llegamos! Abro la ventanilla y asomo medio cuerpo. Me empapo radiante y busco su figura en la estación. Sonrío, sonrío, sonrío. Desesperación, ansiedad, busco su silueta entre la lluvia y el vapor que expulsa la locomotora frenando. Mi corazón parece detenido y listo para estallar.

11.30 p.m.:

Oigo como a lo lejos una voz amable que me dice: _ Disculpe usted, pero hace una hora que llegamos, ya debe descender del tren, por favor.

Mujer

Raúl García Samartín,

Taller literario Letras sin fronteras

Tú eres

EL UNIVERSO

en un mundo perenne, infinitamente pequeño.

EL SOL

sin ocasos, con ojos de arcoíris y eternos amaneceres.

LA LUNA

que convierte las noches en poesías sin lamentos.

LA SEMILLA

de amores que crecen desafiando a la muerte.

LA LLUVIA

amamantando bosques de aire puro, reclamando vida.

EL MAR

Enfurecido o calmo, pero siempre inquieto.

EL CIELO

despejado y puro luego de cada tormenta.

LA REALIDAD

dando base a los sueños para espantar los miedos.

LOS SENTIMIENTOS

de niños y demonios que nacen y por vivir pelean.

Tu eres...

MI VIDA

MI MUERTE ETERNA

Y un día te vi.

Raúl García Samartín,

Taller literario Letras sin fronteras

Fue cuando aquel fogonazo multicolor te iluminó.

Allí estabas como salida de la nada. Y te clavaste en mis ojos como esas imágenes salidas de las palabras de un cuento infantil y comenzaste a poblar mis sueños y fantasías.

La gente desapareció; eras ese cuadro que me cautivó entre cientos y ya nada importó. Nada había entre tú y yo más que el deseo de abrazarnos y embriagarnos con un tango hecho para nuestra pasión. La música nos trasladó a ese lugar del que nunca deberíamos volver, ninguno de los dos trató de emitir una palabra por el temor de romper esa burbuja mágica llena de música y colores.

Nuestros ojos no cesaban de decirse cosas y creo que dejamos de respirar, nos dimos cuenta que no era necesario, estábamos muertos de amor y no había vida que se le comparara.

Cuando tomé tu cintura sentí tu cuerpo desnudo y te vi como lo que eras, una diosa, eras ése sentimiento que siempre busqué e imaginé, los mil amores imposibles que me vieron como un extraño y ahora se amalgamaban en vos.

Esa noche viajamos, yo te llevé por el mundo de mis sueños y vos me mostraste todos tus rincones preferidos y prohibidos, nos sumergimos en los secretos y desaparecieron; pudimos ver el futuro y no quisimos, no

necesitábamos más que mantener un sentimiento que estuviera más allá del mundo.

Y, de pronto, nuestras miradas hicieron un pacto: no habrá realidad, no habrá despertares que rompan ese momento, el tiempo no existe, nos quedaremos en nuestro universo.

Seguiremos renegando de la vida que da amores y luego los quita dejándonos muertos en vida. No seremos más huérfanos de amor buscando lo único que nos enloqueció haciéndonos seres libres y valientes, ya sabemos que los amores terrenales son migajas del primer amor, pero sin la misma fe y confianza, ahora poseemos el amor que nació eterno, sin egoísmos, que tiene la fuerza y la valentía de la locura.

Y todos recordarán que aquella noche, en el salón de baile, cuando terminaba el tango "Pasional" hubo un fogonazo, aunque algunos aseguren que fue un relámpago de mil colores, que, cuando volvió la luz, mientras nos alejábamos de la mano, dos personas se movían desesperados y a los gritos por el salón buscando a su pareja.

Mientras, nosotros seguiremos siendo dos, amalgamados en un sentimiento que nos unifica, nos alimenta; dos que eligieron morir locos de amor.

Pensé

Norma Leto

Taller literario Letras sin fronteras

que era el último verano

entregué

regalé

deseché

tiré

Unos días después

no supe qué hacer

me vi obligada a

Otra vez

Es posible perder el valor, la risa, el intento.

Agotar la abundancia de vida

mirar hacia adentro del propio límite

desencontrar la estima

perder y arrancar hasta la última hoja.

Quedarse desnudo

inmóvil

sediento

Y después, traer
el aliento
la respiración,
burlar los sótanos
Llamar a la vida
Otra vez

Despojo de mi

las alas tuyas
los sueños
fallados al principio

tiempo de reparto
sin retorno
no olvides,
no dejes,
distancia sin reclamo

ausencia
tal vez
entre otros espacios

quiebre

instante que afirma

que vida

que muerte

afirma desencanto

van viniendo

van llegando y al instante de tener se pierde

qué cosa es aquella

tan deseada

tan temida inconclusa

que solo se contempla

tiempo tras tiempo vida tras vida.

Brotos

Estoy en la terraza

veo los brotes de las semillas que plantaste

es lo tuyo que quedó en la tierra

qué es lo tuyo

que quedó en mi corazón

Tiré todo lo que estaba roto

¿También voy a tirar

mi corazón?

Me encierro

entre papeles libros objetos

qué haría si en realidad supiera

que voy a morirmañana

Que lamentaría

desearía

dejaría por la mitad

terminaría

buscaría

encontraría

A quién le hablaría

le escribiría

le dejaría qué

Mis plantas

mis animales

mis libros

mi almohada

mis hijos

mis pinturas

mis amigos pueden ser dejados

El corazón arriba de la mesa a disposición

Hoy rompí la rutina

Hipólito Ernesto Manganelli

Taller literario Letras sin fronteras

Rompí con la rutina porque siempre vengo a la cama con mi libro, para que el sueño se apiade de mí una noche más.

No te miro.

Fue hace unas semanas; al cerrar la ventana porque hacía frío a pesar del verano, miré hacia los ventanales de enfrente. Estabas ahí. Pude ver cómo te corrías del vidrio y supuse que temías ser descubierta.

Después de esa noche no pude sacarte de mis pensamientos. Me excitaba pensar que me espiabas. De todas formas, seguí como si nada hubiera pasado: cerraba la ventana por la noche como si no mirara, aunque de reojo, tenía bien claro en qué ventana estabas. Y siempre; todas las noches, sin falta, estabas.

No quise saber de vos ni investigarte; ya sabía que tu ventana era la tercera hacia abajo contando desde la azotea. Pero era más divertido así. Nadie movía las fichas, yo siempre igual, antes de dormir, vos detrás del vidrio, días tras días, noches tras noche. Resultaba difícil no mirarte, no hacer alguna seña, pero era mejor imaginarte, saber que estabas, que no faltabas a nuestra cita nocturna, silenciosa, audaz, lejana, misteriosa. Trataba de concentrarme en la lectura, pero me hacía sentir espléndida buscarte con mi imaginación, pensarte sin conocerte, formándote en mi mente.

Hasta que hoy, que rompí con la rutina y me puse este body blanco bien apretado, sin ropa interior; me até el pelo, dejé el libro en la cama, dispuesta a mirarte directamente, sin más preámbulos, a gritarte si era necesario.

Rompí hoy con la rutina para hacer carne esta historia. Abrí la ventana. Pero la tuya, estaba cerrada.

Foto bajo la lluvia

Hipólito Ernesto Manganelli

Taller literario Letras sin fronteras

Ella

Escuchó la lluvia desde temprano. Tomó sus botas largas, el paraguas, el piloto y salió igual, hacia ese encuentro, uno de esos que no pueden postergarse, porque lo había planificado durante meses.

Bajó por las escaleras despacio, pero a paso firme. Los dos pisos sin ascensor en estos momentos molestaban un poco, pero era joven y se animaba a todo.

Se asomó a la puerta entre el ruido de los colectivos que pasaban y el viento con ráfagas de lluvia oblicua. Saludó al kiosquero que esperaba a sus clientes mirando a un punto fijo, desilusionado, hizo lo mismo con el diarero y cruzó la avenida abriendo el paraguas como podía. Llegó a la parada del colectivo y logró subirse al que la depositaría a unas pocas cuadras del centro de la ciudad.

El viaje duraba una hora, con suerte; cada vez se hacía más difícil ir al centro desde los barrios: el tránsito, los semáforos, las demoras, la atmosfera opaca de los transportes cuando van abarrotados de huesos en cuerpos y ropas.

Él

Se había quedado dormido; el despertador no respondió al mandato de la aguja grande. Se vistió rápido, ni se peinó y salió veloz, enloquecido, hacia ese encuentro, uno de esos que no pueden postergarse, una cita de trabajo que esperó durante meses.

Atravesó corriendo el pasillo del PH, haciendo equilibrio con el bolso que tenía preparado de la noche anterior y con el paraguas que había podido manotear en esa carrera vertiginosa hacia la puerta.

En la calle compró un café al hombre que siempre espera en la esquina con su carro de facturas y termos, cubriéndose de la copiosa lluvia como pudo. Esta vez, no se quedó hablando, solo pagó y se lanzó a la avenida, con las manos en alto, a parar un taxi, como quién pide ayuda desesperada ante una urgencia.

Revisó su celular mientras el semáforo detenía la marcha del vehículo y aumentaba su impaciencia. No hizo caso a preguntas y monólogos del chofer; sólo podía enfocarse en la llegada a la cita.

Ella

Trató de ser amable, cruzó entre cuerpos hasta la puerta del colectivo y, cuando bajó, sintió un gran alivio y se sintió libre a pesar de los ruidos, los gases, el cemento.

Abrió su paraguas y caminó por las angostas veredas.

Él

Pagó con un pie en el asfalto. Experimentó por primera vez en el día cierta satisfacción al mirar su reloj y cerró la puerta del auto.

Abrió su paraguas y caminó por las angostas veredas.

Ella

Se refugió bajo los techos de los negocios de algunas esquinas. Llovía muy fuerte y tenía tiempo. No era bueno apurarse o fatigarse.

Él

A pesar de estar a unos veinte minutos de su cita, apuró el paso, combatió contra el viento y lluvia que remolinaba en algunos lugares de la ciudad y cuidó que no entrara agua dentro del bolso.

Ella

Quedó como congelada mirando la nada, esperando que pasase la horda de autos con el verde a favor. Con su rápida imaginación tuvo tiempo de bailar un vals con su pom pom de bailarina, escuchar la música, sentir sus pies apenas tocar el suelo en pasos ensayados y estudiados. Cuando volvió a la realidad para cruzar la calle, su mente seguía en aquella obra.

Él

Quedó como congelado mirando la nada, esperando que el semáforo apagara el rojo y confirmó que su cámara estuviera ahí. La sacó, enfocó hacia los edificios, buscó ver desde su nuevo ojo diafragmático, lograr una foto urbana artística, porque el arte está en todos lados y sólo hay que atraparlo, atraerlo hacia uno.

Alguien lo tocó desde atrás fuerte, tanto, que dio un paso para no caerse y la cámara voló unos metros. Logró amortiguar el golpe al suelo con la punta de su pie, como un jugador de fútbol que baja un esférico de algún pase no preciso. La cámara giró dando una vuelta sobre sí y quedó mirando hacia el cruce de la calle. Preocupado la levantó, la observó de distintos ángulos por si algo se había roto o salido. Entendió que en el vuelo y caída se había disparado una foto, quizá una de esas en que, en un principio no se aprecia el suelo ni el cielo. De esas que se les dice artísticas porque reflejan un momento, un espacio de universo y profundizan los sentimientos de los que la ven.

Era ella, cruzando la calle, eludiendo los charcos, flotando en el aire, con su panza de vida.

Era él, encontrando el arte en la foto que buscaba.

Ella y él cruzados en el universo de las casualidades.

Adriana Lisnovsky

Escritora invitada

1) Otro patio

Es verano

las cosas tienen un brillo ondulado

que se eleva hacia aquel sol ciego de la infancia. Los autos, de tan solos, parecen abandonados. Las persianas duermen la siesta y las flores de los jardines chamuscadas y ruegan que llegue el atardecer. El silencio aturde y produce ruido a mar como cuando tenía cinco años y me ponía un caracol en el oído. Hasta que el pitido de algún heladero lo interrumpe de golpe. La brea solitaria se derrite y divide la calle como una gran muralla china de Plasticola negra. Lejos, una persona camina despacio, la figura encorvada, el aliento espeso, la pobreza esculpida en su cara. Es que nadie con techo atravesaría un domingo a la tarde, aquellas horas de fuego en el barrio desierto.

Adentro los ventiladores cantan, monótonos, letanías de aire caliente. La abuela se abanica bajo el toldo y sus ojos opacos ven otro patio. La brisa marina le pega en la cara, escucha a lo lejos las voces del puerto; le parece distinguir entre todas la de Manuel. Piensa en los mejillones que él le traerá para la cena y que, a la noche, no hará falta abanico. El rumor del mar fresco y húmedo la hace adormecer en este patio lejano, callado, hirviendo, sin mar y con un puerto de río.

2) Once cuabras

El mío era un frío de once cuabras. De casa al colegio. Digamos, un frío bastante considerado.

Cuando empezaba el otoño, yo imaginaba la llegada del invierno como la figura del libro de primer grado: un viejito de barba blanca con una bolsa colgada al hombro. Imaginaba que allí llevaba la escarcha, la lluvia, el viento y los rayos de sol como vidrios iridiscentes. Imaginaba que también guardaba el humo que salía de nuestras bocas al hablar y la paloma casi congelada que había visto cómo pateaban los chicos del potrero.

Desde aquella época prefiero el frío. Qué tedio el calor.

Cuánto más se siente el amor en julio que en enero. En enero no hay abrazos apretados, ni sopa de municiones, ni la mano de mamá frotando Vick VapoRub en el pecho y poniendo el trapito de lana calentado con la plancha. No hay bolsa de agua caliente, ni narices frías como las de los perros. Todo es pegajoso en enero. El sol saca alergia en los brazos y no lo podés mirar porque te quedas ciego.

En invierno a la tarde me compraba seis churros con dulce de leche y eso era ser feliz. Una taza de leche con Nesquik y no se te ocurra salir que hace un frío "bárbaro" de mamá o un "fresquete" de papá. Y quién iba a querer salir: tenía tarea de Lengua y el olor a kerosene de la estufa comenzaba a dar placenteras alucinaciones al mezclarse con el del puchero. ¿Dónde podría estar mejor?

Mi papá, siempre con su poncho de alpaca, como gaucho ruso bien adaptado a la pampa Argentina. Mi mamá lo mandaba a sacar la basura y él

allá iba con su poncho. Hace poco lo encontré en un cajón. Pasé la mano por el áspero tejido y la voz de mi viejo salió de entre las hebras: "¡Pero ¡qué va a pinchar este poncho! Se lo compré a un muchacho en San Luis, íntimo amigo de los Quilla Huasi". Porque mi papá había sido viajante de comercio. Recorrió toda la zona de Cuyo con una desvencijada camioneta Ika Renault. Las anécdotas de esos viajes cabían en la vida de tres hombres, pero qué hermoso era escucharlo.

En verano, mi papá era el hombre que más sudaba en la tierra. Podía tomarse un sifón del pico sin parar para respirar. Entonces, para su conveniencia hacía uso de la descendencia rusa: "esto viene de mis ancestros, ¿te imaginás este calor en Rusia? Se volverían a morir".

Recuerdo las once cuadras y la maravilla de la escarcha sobre el pasto, pequeños zafiros y brillantes para anillos de juguete. Los perros vagabundos y mi mamá y yo cruzando de vereda, "San Roque, San Roque que este perro no me mire ni me toque."

Me acuerdo cómo me hacía reír la palabra sabañones. Los imaginaba verdes, gelatinosos, con muchos bracitos y sin ojos. Mi abuela los tenía y sufría como una mártir. Lo que nunca supe fue dónde los tenía.

Once cuadras. Saltarinas, charlatanas. Once cuadras," Si piso la baldosa negra me saco un uno en matemáticas, si piso la rota se muere mi mamá." Era difícil encontrar un equilibrio para evitar las tragedias en el trayecto. Y allí, al final, la noble puerta del colegio, que abrían cada vez que entraba un chico, para que no se metiese el frío. Aquel frío juguetón, que se escondía en los días de humedad. Frío de barrio porteño, sin pretensiones de gran frío. Piedra libre, hoy te encontré al sacarme la bufanda y los guantes. Y sos el mismo.

3) Dale, ma

Ma, ¿armamos el arbolito?

Dale, no me digas que estás cansada.

Nos esperan azules las luces, de un bazar de China.

Tardíos racimos de bolas rojas.

Trineos sin alas volando hasta el cielo raso.

El zapatito manco de aquella muñeca.

Dale, ma. Armemos el árbol.

Decime qué pongo primero.

Tu triste sonrisa, tus labios pintados o la radiografía que te dejó inmóvil.

Ahora, tu tiempo es eterno. No pongas excusas.

Dale, ma. Armemos el árbol.

La estrella plateada refleja tu cara

Y me estás mintiendo:

hoy no estás cansada.

4) Otros temas

No se puede gastar tinta, ni memoria del disco rígido, para escribir sobre un tema tan gastado, ridículo, diminuto como el amor.

Si existen la noche y el día, el odio, la muerte, la agonía, el nacimiento, el dolor, la pena, una rosa, un perro, pisadas en la arena húmeda, un aullido en la noche, el puñal ensangrentado, la pobreza, la locura y los locos, una paloma atropellada por un colectivo, el mar, un barco, una ola, un pez y un pescado, una horca y un ahorcado. La cárcel, el hambre, las cucarachas, el miedo, la

sedación, la muerte digna y la indigna. Un bebé, alguien andando en bicicleta, el olor a pan recién horneado. El árbol, la madera, los caminos de hormigas, la lluvia y el sol. El frío, el viento y el pegajoso calor... ¿Por qué seguir escribiendo sobre amor? Es redundante, hasta casi obsceno. Prefiero decir que me gustaba el sonido del agua de tu ducha, que odiaba tus llaves cuando abrían la puerta y te ibas, que en el segundo cajón de la cómoda hay un frasco que compré con tu olor.

¿A quién puede interesarle hablar de amor?

5) A los recuerdos

Se los ruego:

no vengán a buscarme

disfrazados de alegría.

Los conozco bien:

dealers del duermevela.

Me muestran a aquel perrito

el de las siestas de diciembre y los chapuzones en el río.

Y una ilusa sonrisa

comienza a acunarme.

El pesebre gigante

de mi abuela,

con laguitos de espejo

y el desierto de papel madera.

Las copas brindando

en las jóvenes manos de mis padres.

Risas de ventilador

con pan dulce casero.

Botellas de sidra

derritiendo una barra de hielo

en aquella pileta, que cobijó en sus aguas

temporadas de pañales,

y el primer guardapolvo.

No me engañan más. Después de eso, aparecen las ausencias sin disfraz, las mejillas saladas, alguna rancia resaca y un pasillo largo, limpio, callado.

Por eso, la cola del barrilete de la niña del patio, se los llevará lejos. Tal vez permita que vuelvan la Navidad próxima, sólo un rato, hasta que comiencen a molestar.

6) Pequeñas muertes

Los ladridos de mi perro dentro de una urna.

El número que dejó de ser contacto

El contacto de una mano que confundo con la tuya

El amanecer, por dios, el amanecer

Mis ojos de vidrio en la eterna noche

La sensación horrible de que salga el sol después de la lluvia

La estrella extinguida en que se convirtió mi madre

El dolor de huesos

Las perchas vacías

El viaje en doce cuotas sin interés

Antojos que a nadie importan

El radio reloj

El covid

La vacuna que sí, la vacuna que no

Las grandes muertes

Las insignificantes muertes

Sin cruz, sin obituario, sin corona

La de los deseos, los ideales, las promesas

La nueva arruga y la antigua.

Quiero soñar con novias con vestidos color verde loro. Que los perros aúllen y
morirme de miedo.

Vida, no puebles mis mapas de pequeñas muertes. Que el día que tome el
camino al cementerio, sea ese, el definitivo

Milonga de Artigas

Gabriel Mateo

Taller literario Letras sin fronteras

Todos los segundos sábados de cada mes
se realizaba la Milonga de Artigas,
pero el jueves 19 de marzo de 2020
se inicia la cuarentena
por la pandemia de covid19...

Suena el rington de mensaje entrante en el WhatsApp; me despierto de mi somnolencia en el sillón de casa. Escribo respondiendo al mensaje:

GABRIEL

Y sí, este bicho no se va más y no pudimos despedirnos, ¿cómo será? ¿Volverán las milongas? ¿Podremos abrazarnos otra vez? Quizás la manera que se acepte sea la milonga monogámica, en espacios abiertos y con pista no congestionada, cuidando cada uno su mesa individual y su vaso marcado con tapa.

MILLI

Paráaaaa, mala onda, jajaja. No es la primera pandemia a la que se enfrenta la humanidad y las cosas siguieron normalmente; se tomaron su tiempo, pero continuaron

GABRIEL

Pero ¡y si no!

ROMI

Gaby, ¿tenés ganas de escribir ficción? ¡me encanta! Adelante, hay mucho material.

GABRIEL

Esto es como un mal sueño ¡Claro! Mirá si de este sueño despierto en la misma realidad. Ah, sí mejor vuelvo al sueño y lo cambio, Así es, Flor.

ROMI

¡Escribí ese cuento! No sé qué te preocupa tanto Gabriel, sos de los que dicen que van a volver y vuelven. Y estoy segura que, de esto, también.

GABRIEL

¡Sí!

FLOR

Gabiii, yo apoyo la moción de que sigas escribiendo.

JULIÁN

Uhhhhh y anoche soñé con eso, Gabriel. Había una milonga hostil al aire libre, piso rugoso de cemento sin terminar y una barra alejada; aire fresco de otoño o invierno, poca gente. Yo bailaba con un finado amigo mío, pero no era él, no era su rostro. Y venía Romi, atenta siempre a todo lo que pasa en la milonga, trabajando en la organización y dando unos pasos que acompañaban los de mi baile, se me acercaba desde atrás por mi lado abierto del abrazo y me decía "Julián, mirá que si no es con tu pareja estable no podés bailar con él".

GABRIEL

Julián, tiene razón Romi. ¿Por qué bailar con quien no es tu pareja estable?
Así es como nos seguimos contagiando.

ROMI

Jajajajajaja, qué sueño loco, Julián; puede ser una escena del cuento de Gabi. ¡Y yo hago de embajadora del tango monogámico!

GABRIEL

No, claro, el tango es comunicación, juego, danza y necesitamos compartirlo, no encriptarlo. Jaja. Vayamos consiguiendo los trajes de eternauta.

Apago el celular. Trato de escribir el cuento, pero no sale nada. Dormito y en la duermevela, las imágenes invaden mi mente.

Terminaba la tanda de tangos; entraba un separador con temas de Michael Jackson, esos que les gustaban a algunos pasadores de música. Las parejas, con seriedad aparente volvían cada una a su mesa doble a servirse champagne de la botella que esperaba en el balde de plástico gris con copas estampadas. Y comenzaba la nueva tanda ¡esta vez, de vales vieneses! Y se incorporaban acomodando sus cuellos altos duros, con corbata los hombres, gargantillas de strass y vestidos largos las mujeres, y van arrimándose en parejas a la pista, distanciados unas de otras, armando sus abrazos abiertos. Y las mesas, separadas de las otras por dos metros, volvieron a quedar vacías con sus sillas y sus dos vasos con tapa y etiqueta.

La tarde estaba fresca bajo un cielo plomizo que restaba luz al lugar, y las luminarias blancas se encendieron rodeadas de banderines de plástico amarillo y rojo.

Terminaba la tanda y las parejas otra vez se dirigían a su mesa. Tomando sus tapados se abrigaban y abrigaban preparándose para irse, serios, cubriéndose con sus tapabocas, saludando a la distancia al ir saliendo. Y allá también va el amigo de Julián, acompañado de su grupo. Mientras, sonaban varios temas en el separador, todos de los años 90.

En la barra, me despedí del barman y vacié mi vaso de un sorbo, lo envolví y guardé en mi bolsillo mientras buscaba, recorriendo con la mirada el desolado lugar, a Flor, Mara, Romi, Mili y Julián que ya no estaban.

Era noche cerrada de nubes sobre la pista desolada que ahora se volvió negra bajo las lámparas blancas. Y al fin, en mi memoria suena un tango y al fin recuerdo los encuentros en la Milonga. Suena el tango desde otro lugar. Y lo sigo para (1) volver, hasta detrás del escenario, donde encuentro en la pared la entrada a una estrecha escalera de cemento que subo a tientas hasta un recodo con una suave luminaria. Y ahí, al frente, el muelle del río subterráneo, me esperaba la barca detenida con la única la luz de un farol. Le dí mi moneda al barquero, subí y comencé a remar por el oscuro túnel para volver.

Tras un largo remar su iluminación va aumentando; es que estaba cerca. Allí fin llegaba a un portal de madera con su arcada de cristales de colores, que alumbraban la entrada que decía "Escribe tu imagen".

Detenida la movediza barca, hice equilibrio sobre mi pie derecho flexionado y extendí al frente la libre pierna izquierda apoyando primero la punta y luego el

taco del pie; y trasladé en forma progresiva el peso y así llegar al nuevo eje sobre el umbral que traspuse paso a paso, mientras el sonido del tango Recuerdo crecía en la amplia galería para volver a aquel mundo. Y allí, el gran salón, de piso de mosaico pulido y la pista llena de parejas celebrando con abrazo cerrado muy cercanas unas de otras. Busqué a Julián y Mili.

Todo estaba iluminado con focos de colores cálidos y banderines de tela multicolor; y la luna llena blanca encendida en lo alto de la bóveda plateada y mesas largas para compartir con sillas juntas y vasos sin etiqueta ni tapa.

Continué paso a paso, gustoso y allá el escenario, la orquesta típica preparándose. Y sí, al final estaban Romi, Mara y Flor sonrientes, sentadas a la gran mesa conversando.

El sonido del rington de WhatsApp me despierta. Abro los ojos en la comodidad de sillón de casa. Desaparece la pista iluminada. Pero en la pantalla de mi celular esta la foto de Romi.

ROMI

Gabi. qué bueno que se encontró la vacuna. Vamos a poder volver a bailar abrazados. Quizá otro final para tu cuento.

Pandemia

María Sol Pérez de Vargas

Poeta invitada

Ojalá pudiera
expresar el abrazo que te debo
el que nos debimos la noche anterior
saldría con alas a buscarte
y darte el abrazo que te debo
me haría más brazos para ese abrazo
pintaría un abrazo en un vidrio
creí que era inmensa, infinita
no estoy mutilada ni anclada
para darte el abrazo que te debo.
No sabía que la vida era tan estricta
tan de pronto sin tiempo
para todos...
quedo exhausta
con la pasión de darte
el abrazo que te debo
de pronto el sollozo
de la lluvia me invade
y anhelo el abrazo que te debo

pido al universo que me lleve
a darte el abrazo que te debo

Tal vez no me deje la vida
darte el abrazo que te debo.

Hastiada

sin respuesta,

un grupo de ausencias

ancla alabanzas

a la soledad.

En la mitad de la distancia.

un almendro en flor

presencia

Viajé 500 años luz,

cómo soy libre

fui al lugar del universo adónde quería.

Había un ente

se comunicaba telepáticamente,

no había cielo, sol, nubes, lluvia,

suprimieron el sueño y la sensibilidad.

solo se comunicaban

por el desarrollo del universo

fórmulas físicas y matemáticas-

Por un camino de agujeros negros volví.

A mi casa invité a vivir

20 perros, 30 gatos, 10 ardillas ,15 hormigas

y un jardín,

gente sensible, un grupo de escritores,

otro de política, de amor, de música,

otro más erótico.

Me quedo acá,

con el largo ancho y alto

el triángulo y el cubo,

sin los carceleros paréntesis

ni los puntos,

con la palabra escrita, las comillas

el sueño y el hoy.

Mensajera del alma

ya no hay puertas

ni ventanas.

En el arco iris

cada color te mecerá.

si te adentras en la selva,

invítame a dejar

de seguir tejiendo

glaciares oscuros

de tierra, de alumbre,

de viento, de sal.

El universo es indiferente

no le importa la paz ni el diluvio.

Todo lo debemos rehacer

con nuestras manos.

Esta vez te pido mensajera del alma:

modulemos un ser

caminante hacia un mundo solidario

que encuentre a sus hermanos

sin culpas, sin castigos

ni leyendas que nos condenen,

con memoria de nuestra humanidad?

La sangre se desangra
consternada en la poesía.

Con fuerza
nos levantamos
arrancando a la tierra
a nuestras hermanas
de los siglos muertas en combate.
Renacimos con ellas
desde lo alto.

Horizontales y firmes
nuestras voces libres
gritan desfachatadas
sin máscaras ni maquillaje
inesperadas, inescrutables
inquebrantables, definitivas.

Propietarios y orgullosos
sin ley ni autocrítica.
la escultura sacada de la piedra
les congeló el verbo.
Oquedades sin historia,
libradas a su devenir
su terror sacó puñales y fuego.

Mutiladas quemadas,
aborrecidas, tullidas, rengas,
sirvientas, trucas
nos deseaban.

No pudieron,
somos la simiente.

Hoy crujen agónicos,
desguazándose
en la secuela
de un mar deshabitado.
¿Esta fue la bienvenida?

Barbita, aquel bohemio

Raúl Jorge Pagnotta

Taller literario Letras sin Fronteras

Después de las diez de la noche, en el boliche del barrio ingresaba esa lánguida figura, de cara pálida, los brazos blancos, casi transparentes, y esa extrema delgadez. Atravesaba las puertas del bar, construido en 1900, pero corría el año 1965 y nunca había sufrido ninguna modificación.

Era un bar enorme, y solía estar muy concurrido. En una mesa, en el fondo, Don Fraga, un vasco de pura cepa, jugaba a las cartas, a no sé qué juego junto a varios parroquianos, con gran entusiasmo.

Otros más veteranos, y no tanto, bebían su ginebra acodados en el mostrador de estaño, que era tan original como el mismo bar y todas sus instalaciones, un verdadero museo viviente.

El grupo de chicos, que éramos nosotros a nuestros 16 o 17 años, rompíamos a golpes los metegoles, que adorábamos y que era el más moderno de los juegos de la época.

En una mesa apartada, un par de ingleses, bebían cerveza durante varias horas; la Quilmes de tres cuarto, única que se vendía. Eran ingenieros que instalaron un centro de entrenamiento terrestre, perteneciente a Aerolíneas Argentinas. Un día nos invitaron a conocer el lugar; que nos pareció maravilloso, con una cabina de boeing, absolutamente igual a lo que usaban los aviones y

varias cosas más. Estaba ubicado a la vuelta del bar y, al privatizarse Aerolíneas, todo fue a parar a España, tras el regalo del gobierno menemista.

Volviendo al que ingresaba al bar, era el famoso Barbita, sobrenombre por el cual se conocía a Roberto Solari, que era su verdadero nombre. En ese momento todos los parroquianos giraban la cabeza para observarlo: sabían que se venía el show.

Barbita, era un bohemio; su vida pasaba por los cafetines y bares del bajo fondo, cantaba tangos y boleros hasta la madrugada, después dormía todo el día y ya al atardecer volvía a salir de su casa, que quedaba cerca y cuando no actuaba en el centro pasaba toda la tarde en el boliche, que era su segunda casa.

El dueño del bar era Máximo, una persona joven y agradable, que no era gallego, como ocurría en los bares de la época. Máximo le fiaba la comida, muy poca, y el wiski, que era su gran pasión. Nunca pagaba la cuenta, tampoco el dueño se la reclamaba; por supuesto era mucho más wiski que comida y siempre con los cigarrillos, su compañía.

Era hijo de un comisario, persona de gran reputación y su madre, ama de casa, que vivía pendiente de su hijo.

Barbita, muchas veces aparecía en alguna comisaria, que en esos años de gobiernos militares, llevaba detenidas a personas cuando no les gustaba la cara o la pinta, aduciendo ebriedad o vagancia.

En muchos casos, ya lo conocían y lo liberaban enseguida; en otros un llamado telefónico bastaba y a veces lo tenía que ir a buscar el padre.

Era decente, gran amigo de sus amigos, a quienes muchas veces ayudaba, dentro de sus posibilidades.

Las noches de los viernes eran inolvidables: nos juntábamos muchos amigos en el bar de Máximo, donde recitaba monólogos, contando sus vivencias por lo general reales. Hoy sería un gran monologuista de la TV, casi con seguridad y no necesitaría libretos, ya que todo estaba en su memoria. Luego, acompañado de su guitarra, entonaba boleros y tangos, con bastante buena voz, sin micrófono ni equipo de audio.

Pero el whisky, el cigarrillo y la noche deterioraron su salud. Ya al morir su padre, había quedado algo desamparado, pero su madre se pegó más a él y fue la razón de su vida. Cuando ella se fue al poco tiempo, terminando con su sufrida vida, Barbita quedó desamparado y en soledad.

Tenía 45 años. Su cuerpo dijo Basta. La vida ya no tenía sentido para él.

Vivió poco y, a su manera, intensamente; se dio todos sus gustos. Lo despedimos sus amigos; ningún familiar, tal como él quería.

Máximo, colgó un cuadro con su foto y un pequeño florero con una flor de plástico. Por ese rincón rondaron el recuerdo de sus monólogos, sus tangos, las risas y las largas noches hasta el amanecer.

El bar cerró en los años ochenta y ya no quedan rastros de todo lo vivido en ese lugar donde hoy se levantan grandes edificios.

Época romántica, en la que no había celulares, ni internet, ni computadoras, pero sí mucho tiempo para compartir con amigos.

Nostalgias de los años que han pasado...

El último tren

Raul Jorge Pagnotta

Taller literario letras sin fronteras

Caminamos juntos de la mano, en silencio. para qué hablar si ya nos hemos dicho todo.

En la otra mano llevo su valija, pesada; pero más pesado es tener que alejarme de ella.

Sale el tren de la estación solitaria de Las Flores, un tren que pasa dos veces por día, uno hacia Buenos Aires, y el mismo, vuelve para alejarse con rumbo desconocido, a recorrer cientos de kilómetros, para no verla nunca más.

Estamos sentados en el único banco de la estación, sin decirnos palabra; las dos semanas compartidas en ese pueblo pequeño habían serán para recordar.

Ella partirá rumbo a una ciudad que nunca quiso nombrar. No sé por qué, nunca me hablo de su condición, con quien vivía, que hacía en su misterioso pueblo, ni de qué vivía. sólo sé que estuvo quince días en Las Flores, compartiendo conmigo las más hermosas emociones y alegrías.

Los días pasaban volando, estando con ella, yo quería atajarlos, como si fuese un gigante que puede parar el mundo. Pero no, los días pasaron y llegó el de su partida para no volver a vernos nunca más, tal cual lo había dicho ella.

Nos habíamos conocido en el hotel donde yo también paraba mientras se construía la escuela rural donde trabajaba. No, no sé qué hacía ella durante el día: no había celulares y muy pocos teléfonos de línea.

Cada noche nos encontrábamos, cenábamos, y después, un café, en un pequeño barcito. Largas e increíbles horas de charlas: el misterio era que siempre teníamos temas para hablar y nunca nos aburríamos. Después, al hotel, cada uno a su habitación. A veces nos “confundíamos” e ingresábamos los dos a la misma. Bueno, uno puede equivocarse. Hubo veces en que fui casi sin dormir a mi trabajo.

¿De qué hablábamos? De todo un poco; y aunque siempre traté de saber dónde vivía, cómo se llamaba, cuál era su pueblo, solo me decía que era un lugar muy pequeño y muy tranquilo.

Era joven y muy bonita; sentíamos una atracción mutua. Apenas llegaba al hotel, ya me estaba esperando y yo también si ella venía un poco más tarde.

Aquellos quince días, fueron de asistencia perfecta; siempre nos encontrábamos, cenábamos y luego al bar largas horas, hasta que el dueño nos echaba por la hora avanzada.

Pero todo pasó. El tren llegará en pocos minutos. Y bueno en la vida hay que resignarse, aunque cueste. El tren llegará y ella se irá para siempre.

Mientras, aquí estamos los dos, en silencio esperando el último tren.

Se irá y jamás sabré su nombre. Serán quince días para el recuerdo.

Crónicas de viento

Vanina Santoro

Escritora invitada

1.

El viento oscila entre el ruido y el silencio.

Acá

la vida se instala en el pájaro.

2.

No tengo frío de soledad.

Tengo viento.

3.

Cuando el viento golpea fuerte en la cara
limpia y clarea.

En este diálogo a la mitad
entre su lenguaje y el mío
solo hay intensiones
y soledad.

4.

Me quedo en este momento de vida
en que la lapicera
corre sobre el papel
e intenta
la palabra justa
que no existe.

5.

Son intensas esas flores

amarillas salvajes
de la estepa patagónica.
Todas juntas
en la piedra
son rebelión.

6.

Astilla seca.
Entre el cielo
y el alambrado de púas
me quedo
agarrada al dolor.

7.

¿Soy un punto bordado
de un tejido?
Tanta inmensidad
y yo acá
estática en la geografía.

8.

El puro sentir.
en algunos bosques de coihues se oía
los arboles
la piedra
la tierra
el viento.
Todo en un respirar profundo.
Inhala y exhala
un pulso de vida.

Si volviera a sentir ese olor
tendría las imágenes.

La inmensidad es observable
desde el pulmón abierto.

Dos pandemias.

María del Carmen Segovia.

Taller literario Letras sin fronteras

Acá estoy, otra vez en la ventana, mirando la noche estrellada. Imposible no recordar aquella otra noche, tantos años atrás, cuando mi infancia quedó con estas marcas inevitables.

Toda la familia se estaba preparando para salir a pasear.

_ ¿Adónde vamos? Pregunté.

_ Al circo

_ ¿Y qué ropa me pongo?

_ No vas.

_ ¿Cómo, por qué?

_ Vos no vas porque los menores de doce años no pueden andar de noche, aunque estén acompañados por mayores.

_ Pero Ricardo va y es un año menor que yo.

_ ¡Pero vos te quedas!

Pensaba que era una broma. Cómo no iba a disfrutar del espectáculo que más me gustaba.

Así, quedé toda la noche sin dormir. Imaginaba a todos los artistas que más me gustaban. ¡El circo de noche es espectacular. Tiene magia. ¡Porque las luces de colores y el vestuario de los acróbatas contorsionistas, malabaristas, trapecistas, todos hasta payasos y domadores, brillan más que nunca!

No podía pensar estar ausente, porque se decretó así, para no contraer poliomielitis. Lo pasé toda la noche mirando las estrellas que titilaban en el cielo e imaginando escenas del circo.

Amaneció, salió el sol y yo seguía viendo el circo con sus mil luces de colores y sus fantásticas escenas, para mí.

Hoy, año 2020, la pandemia del COVID19 nos obliga a estar adentro. Ya van para tres meses y al sol lo veo por la ventana. Sólo salgo un día cada quince, porque los adultos mayores corren más peligro de contagio por tener bajas defensas. Extraño poco no poder tomar sol y caminar por plazas. Más duele no estar con mis amigos y cumpas. La ausencia al circo me laceró por siempre, aunque de grande, disfruté mucho con el circo de Moscú y otros. Las marcas de la niñez quedaron.

Ese desconocido

Maria del Carmen Segovia

Taller literario Letras sin fronteras

Aquella tarde me acerqué a la plazoleta en busca de un poco de relax y lo vi sentado, solo, en un banco. Su Mirada lejana me conmovió. Parecía perdida en el tiempo.

Fue un encuentro casual. Observé su aspecto tosco, distante, algo hostil, con un físico deteriorado, como con muchos años de cansancio y sufrimiento encima.

Noté que no se relacionaba con nadie y que su pierna derecha, apoyada en el banco donde estaba sentado, parecía tener muy inflamada la rodilla.

Me dije: este hombre habrá hecho trabajos muy rudos y ahora, tal vez jubilado, soporta tanto esfuerzo hecho por años.

A mi memoria vino la idea de una barca: ¿había sido un pescador? De esos que se internan en el agua y solos, con un mar como amigo o enemigo, con los pequeños pájaros voladores como compañía, alejándose por uno o dos días, pasando hambre, fríos o calores agobiantes, retornan con una magra pesca para vender.

¿O sería un pequeño productor de hortalizas, esos que todos los días, sin francos semanales, ni vacaciones trabajan y luchan contra sol, lluvia, barro, intensos fríos y calores y le hacen frente a las plagas y a los intermediarios, otra plaga mayor, que son los que cargan en sus camiones hermosas cosechas y pagan miseria cuando quieren, después de tanto esfuerzo?

Me pregunté ¿cuándo se terminará tanta desigualdad? ¿Cuándo tendremos una sociedad más justa?

Y ojalá las promesas de los gobernantes se vean alguna vez reflejadas, aunque sea, en los más débiles.

Él se levantó y se fue lento, sin prisa. Cuando lo perdí de vista, mis reflexiones y yo, también volvimos a casa.

El caso Trudis

Analía Temin

Taller literario Letras sin fronteras

La Señorita Trudis desapareció misteriosamente del muelle y no la volvimos a ver con vida. Nadie habría notado tan pronto su ausencia, si con ella, hubiese desaparecido también “Señor Mot”, el cual fue visto aquel día ir y venir, extrañado, ladrando y rasgando la puerta de la casa.

Hacía un mes que observaba a Trudis mientras corregía mi novela “Clara”. Veía como cada mañana se acomodaba en la viga saliente del muelle, donde cada tanto la tela de su falda se rasgaba. Observaba las barcazas de Don Garcilazo que parten, algunas mañanas a mar abierto y regresan al atardecer; en realidad, las únicas que se mantienen activas en el pueblo; el resto de los lugareños, con el tiempo, fueron abandonando la actividad pesquera. El viejo muelle es un buen lugar para observar, sin despertar sospechas, el movimiento de los pescadores... ¿Pescadores?

Mi editor y director del diario “Noticias Oceánicas” me apura; corrijo contra reloj, debo entregarle este borrador en una semana y no puedo dejar de distraerme con los recientes acontecimientos; he comenzado a tomar notas de lo que sé en relación con lo sucedido a la señorita Trudis:

Hace un mes, estaba en el almacén tomando un vino y la señorita Trudis también hacía allí sus compras, sin darse cuenta de mi presencia. De seguro escuchó, al igual que yo:

_ Se avecina una tormenta.

_ Si hay tormenta, se suspende.

_ Entendido.

_ No me puedo arriesgar a perder más mercadería o que se enfermen las...

Don Garcilazo se detuvo y no terminó la frase al ver que la Señorita Trudis estaba muy cerca de ellos, observando, con el ceño levemente fruncido y una ceja elevada por encima del arco superciliar. Pero simuló no haber escuchado, le pidió que le cobrara el trozo de bacalao seco y algunas cosas más y salió de la tienda.

Supongo que Trudis y yo nos quedamos sin saber qué cosa se suspendía si había tormenta y quiénes se podían enfermar. ¿Por qué Don Garcilazo hizo silencio repentino? Noté que a él le disgustó que la señorita Trudis escuchara su conversación y cuando salió del almacén le hizo un gesto con el dedo en el pómulo debajo del ojo a Elio, como ordenando que la vigilara.

Desde entonces, Trudis comenzó a llegar cada mañana al viejo muelle abandonado, que está a unos cuantos metros del ventanal de mi casa, en la playa. Desde allí observé sus movimientos, como haciendo elucubraciones sobre posibles sospechas y propósitos, hasta la mañana en que llegó más temprano que de costumbre, acompañada por "Señor Mot", su catalejos y su sombrilla. La vi al levantarme y correr las cortinas; luego fui a la cocina a calentar café; Elina se quedó en la cama hasta el mediodía, le alcancé una taza y regresé al living para seguir observando. La señorita Trudis ya no estaba en el muelle y Señor Mot mordisqueaba entusiasmado un trozo de comida.

Trabajé junto a la ventana gran parte de la mañana. Trudis no regresó al muelle y Señor Mot, no bien liquidó su comida, se marchó. Lo vi regresar a la playa unas cuantas veces y volver a desaparecer.

Por la tarde, fui a caminar y despejarme un rato al pueblo. Elina salió de la casa después, para no mostrarnos juntos. Planeé tomar un vino con longaniza y pan casero en el almacén de Don Garcilazo, hacer unas compras y volver a tiempo para ver el anochecer frente al mar. Al pasar por la casa de Trudis me sorprendió que Señor Mot rasgara, llorando, la puerta de entrada, y que algunos vecinos se detuvieran a mirar. Y comenzó a correrse la voz.

Llegué al almacén cuando una comitiva encabezada por Don Garcilazo, Elio y otros se dirigía a toda prisa en sentido contrario a mí, hacia la casa de Trudis. A pocos metros y por pocos minutos me quedé sin copetín y sin compras. Claro, que esto fue lo menos importante frente a los hechos que se avecinaban y el infortunio de la señorita. Di media vuelta y los seguí.

Don Garcilazo y sus hombres tomaron la iniciativa frente al extrañamiento por la desaparición repentina de Trudis y el abandono de su perro: se ofrecieron para ir a la casa de la desaparecida y la gente estuvo de acuerdo. Golpearon puertas y ventanas, repitiendo su nombre, con la esperanza que estuviera dormida o desmayada y en el más raro de los casos “borracha”. No hubo respuesta.

Se decidió actuar con celeridad y entrar a la casa por si la Señorita necesitaba socorro. La policía del pueblo ya estaba en camino. Entrarían Elio y Aníbal junto con dos vecinas y conocidas de Trudis; don Garcilazo se quedó afuera con el resto de los vecinos.

Forzaron la puerta con una palanca y el primero en entrar fue Señor Mot que los condujo directamente a Trudis, quien yacía muerta en su cama. Entramos algunos vecinos más para corroborar el hallazgo, tenía puesto el mismo vestido que llevaba por la mañana, rasgado ahora en varias partes. Toda su ropa estaba húmeda igual que su cabello. No pude divisar por ningún lado la sombrilla y el catalejos. Junto a la mesa de luz, en el piso, algunos objetos se habían caído, levanté un pequeño reloj y una lapicera y los coloqué sobre la mesita, fue cuando vi, sobre ésta, una libreta verde y en un descuido de todos la guardé en mi bolsillo.

La policía comenzó una investigación sobre la causa de muerte, interrogaron a medio pueblo en “Aguas Oceánicas”, principalmente a mí, luego que la pandilla del “Gran Garcilazo” declarara que desde sus barcazas veían, las mañanas que salían de pesca, a la Señorita Trudis con su perro paseando por el viejo muelle, “justo” frente a la casa del escritor, el Señor Kurt, el mismo que les cuenta esta historia. Me convirtieron en “sospechoso”, para ellos, yo era sospechoso de conocer sus negocios turbios. Dijeron también que esa mañana no habían salido de pesca. Sin embargo, las últimas notas, las que Trudis escribió aquella mañana de su muerte, revelaban lo contrario: sí, hubo actividad en las barcazas al amanecer y también pasó algo más... algo que la señorita vio y no pudo contar...algo, que no eran “solo cajas y más cajas...”

Declaré, que desde hacía un mes la veía llegar al muelle con Señor Mot, su sombrilla y su catalejos, y todo lo ocurrido aquel día. No mencioné la libreta ni lo que en ella leí ¿para qué hacerlo? Si lo que Trudis cuenta es cierto, también es cierto que nadie contrabandea mercancías a plena luz sin complicidad de las

autoridades, en todo caso, tenía que observar por mi cuenta y corroborar estos hechos. Recordé las palabras de Don Garcilazo, y su repentino silencio, ese día en el almacén: “No me puedo arriesgar a perder más mercadería o que se enfermen las...”

Me salvó mi única y verdadera coartada, Elina Padilla, esposa de Elio (no lo digo con orgullo) con quien había comenzado un romance furtivo por esos días. Ella, accedió a declarar como testigo protegida (de su marido principalmente) que habíamos pasado juntos aquella noche y el día siguiente hasta la tarde, cuando salí primero de la cabaña para dirigirme al pueblo y un rato después salió ella para volver a su hogar ya que su esposo regresaba de la ciudad. Luego de declarar, Elina abandonó a Elio y desapareció quizá con la ayuda del programa de protección.

Las dudas se disiparon con el diagnóstico forense: la Señorita Trudis tuvo un infarto por causa de hipotermia, con lo cual su muerte dejó de ser dudosa. Pero nada decían los informes policiales de lo que ella veía desde el viejo muelle, frente a mi ventana, y que le provocaron un gran terror y posterior colapso cardíaco. En su libreta verde alcanzó a escribir sus últimas notas, algo confusas, sin dudas se fue descompensando y no alcanzó a describir aquello que tanto la perturbó: *“...Creo que me vieron y sentí terror, di un paso en falso hacia atrás y caí del muelle, mi pollera se enganchó en la viga y se rasgó en varias partes, el mar estaba crecido y me empapé, la corriente se llevó mi sombrilla y mi catalejos...volví a casa para cambiarme la ropa... siento miedo y confusión...tengo mucho frío y sueño...Dónde estás Señor Mot... hoy no fue como siempre... sólo cajas y más cajas...hoy subieron algo más al bote...me siento mal...no puedo creer lo que vi...mucho menos nombrarlo...me tengo*

que calmar y sacar esta ropa empapada y luego seguir... " – fueron las últimas palabras de Trudis escritas en la libreta.

Todo el pueblo asistió al funeral, luego de la autopsia y trámites forenses, que la señora de Don Garcilazo, amablemente, se ofreció a realizar, dado que la pobre Trudis murió como nació: huérfana y soltera; por más que tuvo un espíritu investigador y detectivesco, nunca logró descubrir sus orígenes. Las demás vecinas estuvieron de acuerdo y agradecieron a Doña Purita, quien, además, tuvo la gentileza de adoptar a Señor Mot.

Leí, atentamente, varias veces, la libreta verde y a pocos días del entierro, me acerqué al muelle, bien temprano a tomar posición en la misma viga que lo hacía ella y desde allí vi dos barcazas. Sus tripulantes cargaban en ellas gran cantidad de cajas y por último subieron a dos mujeres con las manos atadas por delante. *¡Ahh, finalmente de esto se trataba! pensé con espanto.* Comprendí el terror y la desesperación de Trudis y salté de inmediato a la playa para evitar ser visto sobre el muelle. Nunca hubiera podido ver desde mi ventana lo que ella, ingenua, veía desde aquí, creyendo, tal vez, que ellos pensarían que era una pobre señora con perrito paseando por la playa. Sospecho que, de no infartarse, estos crápulas la hubieron acallado de todos modos.

Desde mi nueva posición, entre las columnas del muelle, sobre la playa, decidí caminar en sentido contrario a las barcazas para que sus tripulantes no sospecharan de mí y me perdieran de vista. Comencé a comprender la naturaleza de los hechos y el impacto que le causó la muerte a la señorita Trudis. Una muerte, ahora, muy conveniente para Don Garcilazo y sus "socios".

Caminaba sumido en estos pensamientos cuando a unos pocos pasos delante de mí la espuma agitada de la orilla devolvía dos objetos, me adelanté y los tomé: eran el catalejo y la sombrilla de la difunta, en bastante mal estado, ofreciéndose misteriosos ante mí. Los tomé y escondí bajo la campera, luego regresé por la costanera hasta mi casa y los escondí junto con la libreta verde. Continué escribiendo, perturbado: tenía un hecho criminal delante de mis narices del cual ni la policía “parecía querer” darse cuenta y sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Cuando llamó mi editor, no lo dejé hablar:

_ Escuchame con atención, Carlos, la novela puede esperar – le dije. Ahora tengo algo mejor para que investiguen tus cronistas policiales, una primicia para tu diario. Contrabando y trata de mujeres, aquí mismo en Aguas Oceánicas. Es lo que estaba investigando la Señorita Trudis cuando la sorprendió la muerte. Pasé por la cabaña a buscar mis notas y unos objetos que te tengo reservados.

Esa misma tarde, Carlos pasó por la cabaña, le entregué todo lo que tenía sobre el caso, acordamos una nueva fecha para la entrega de mi novela y nos despedimos. Desaparecí por un tiempo de Aguas Oceánicas para terminar tranquilo el libro y esperar resultados sobre la investigación del caso “Trudis”.

Leonarda

Marion Vollmer

Taller literario Letras sin fronteras

Leonarda es vieja, muy vieja. Alta y delgada, camina un poco inclinada hacia adelante, con los brazos flexionados. Cuando se acerca, siempre me da cosa de que me agarre. Y a veces lo hace, tan fuerte, que cuesta sacarle la mano.

La conozco del barrio, de la calle y la vereda. Es muy habladora y malhablada también. Tiene esa manera de decir palabrotas que no molesta, o no molesta tanto. En todo caso, siempre resulta entretenido conversar con ella.

Recuerdo una vez en que charlábamos en la vereda y de pronto se interrumpió: _ ¡Hola Juan!, y saludando a uno que pasaba, me guiñó un ojo: _ A ese también le vi el culo.

Es que Leo es enfermera. Y entre orgullo y diversión dice que le pinchó el culo a todo el barrio. Siempre andaba con su valijita de cuero negro, y con el tiempo descubrí que ya no trabajaba tanto, pero ella decía que había aplicado inyecciones todo el día. En cada encuentro contaba algún detalle de la historia, de la vida del barrio y de su propia vida.

Hoy, viuda y sin hijos, vive en el geriátrico del barrio que ella eligió. Yo la visito cada vez que puedo, en la hora en que el sol del invierno o la sombra del verano nos permiten disfrutar del patio de su nuevo hogar. A veces le llevo algo dulce para comer mientras conversamos, cosas que ella comía antes de mudarse allí. Últimamente está más callada, más encorvada y camina con la ayuda de un andador. Pero con artimañas, logro sacarla de su silencio y conversamos un rato.

_ ¿Y cómo anda el vecindario?

_ Ay, ¡qué rico! La comida de acá es una porquería, siempre lo mismo, nada de sal, nada de vino, ¡pollo hervido y zapallo!... Mmm, qué rico el flan.

_ Bueno, pero contame de la gente, ¿algo nuevo?

_ Hay uno que se roba los repasadores, ¿a vos te parece?, cuando lo agarre - dice mientras aprieta los dientes y hace un gesto retorciendo la mano.

_ Y me parece que la enfermera anda en un asunto. Mmm, qué rico.

_ ¿Qué asunto?

_ Un asunto; tiene un punto. Va y viene hablando con el otro enfermero, el de la noche. Para mí que ahí pasa algo. ¡Lo qué diría el Antonio!

_ ¿Y vos, le contaste que también sos enfermera?

_ ¿Para qué? Yo soy enfermera de Evita, acá ni saben poner una inyección.

Leo había nacido en 1925 en el oeste de la Provincia de Buenos Aires. Cada vez que la miro, pienso en cuántas cosas, cuánta historia y cuántos caminos habrá recorrido ese cuerpo ya envejecido. Estuvo con la caída de Yrigoyen, los comienzos de la radio, los primeros autos y colectivos, las calles de tierra, las heladeras con barras de hielo. Vivió los gobiernos de Perón y estudió en la Fundación Evita. Sobrevivió a todas las dictaduras. Sintiendo curiosidad, una tarde fui a visitarla y como siempre, salimos al patio.

_ Leo, ¿siempre quisiste ser enfermera?

_ Yo siempre quise trabajar, ganarme la vida.

_ Y tu familia ¿estaba contenta porque estudiaste con Evita?

_ Nooo, ¡éran boinas blancas, ellos! Pero yo estudié igual y después estudió mi hermana, la Yoli.

_ Y a tu marido ¿Le gustaba que fueras enfermera?

Aprieta los dientes y tensa, se dedica a comer unas vainillas que le traje hoy. Por más que lo intenté, no hablamos más y el rato siguiente transcurrió en silencio. Cada tanto, yo hacía algún comentario y Leo respondía con gruñidos y alguna afirmación que no llegaba a palabra.

Hace algún tiempo, Leo me contó que se había casado joven, con un buen mozo que le llevaba más de veinte años. Leo se refería a él por su apellido: Martínez. En otra oportunidad, me mostró una foto. Era un hombre alto, con pelo negro engominado y bigote finito. También comentaban por ahí que Martínez había sido medio tráfuga y mujeriego, tal parece que andaba con la riña de gallos y le había metido los cuernos con Dios y María Santísima. Pero la Providencia la dejó viuda joven y sin haber tenido hijos. Y Leo se dedicó a trabajar y a vivir, sin deberle nada a nadie.

La vez siguiente que la visité, la encontré contenta. Estaba inquieta, me llevó hasta el banco más alejado del patio, y a tono de confidencia susurró:

_ Sabés que fui a un baile, no en mi pueblo, en Areco.

_ ¡Qué lindo! ¿y vino el músico de siempre, el que toca la guitarra?

Leo me miró fijo, su cuerpo estaba muy quieto. Yo seguí con las preguntas, sabiendo que a veces hacían actividades recreativas en el geriátrico. Ella me interrumpió:

_ Te digo que fui a un baile, en Areco. Pero lo mandaron al Antonio de chaperón, ¡es un metido! Cuando se fue con los amigos, aproveché y bailé todas las piezas. Y conocí a un muchacho, vieras qué bueno

_ ¿Un muchacho? ¿De acá?

Otra vez se quedó mirándome fijo, en silencio. Pero esta vez, yo también me callé.

En el patio del geriátrico sonaba una música suave. Le propuse bailar un poco, como excusa de que se moviera, y también para salir del silencio que me incomodaba.

Bailamos tomadas de las manos en el lugar, simplemente pasando el peso del cuerpo de un pie al otro, sin siquiera levantarlos. Antes de retirarme, la acompañé al comedor y Leo caminó en silencio, feliz, pareciendo flotar.

En un principio, visitaba a Leo una vez por semana o cada quince días, pero este último tiempo tuve ganas de verla más seguido. Y a los tres días volví.

_ Leo, ¿en qué pueblo vivías?

_ Ahí, cerca de Areco. Por eso nos escapamos a los bailes. ¿Sabés que el Esteban me escribió una carta? No le digas a nadie; una carta linda, con todo un dibujo en los bordes; dibuja bien. Vos vieras qué linda carta.

_ ¿El Esteban? ¿Qué te dice en la carta?

_ Qué rico el postre, acá no nos dan, sólo compota sin gusto; vieras qué linda carta. ¿Me trajiste el repasador?

Hace algún tiempo, Leo me contó que es la segunda de siete hermanos, Antonio era el mayor, pero ya todos murieron. Supe que a una de sus hermanas la mató la policía porque 'el novio andaba en política', según dijeron, y otra hermana se suicidó. "Al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos", dijo Leo una vez. Los ve muy de vez en cuando, pero ninguno se llama Esteban.

A los pocos días, fui al geriátrico y Leo ya estaba en el patio, sentada en la media sombra, tras una planta. Sonaba un bolero. La tomé de las manos y bailamos un poquito.

_ ¡Hace tanto que no bailo! Desde que era jovencita y nos íbamos a Areco. Nosotros vivíamos en Villa Lía, pero después mi papá se quedó sin trabajo y nos fuimos para Buenos Aires; yo nunca le contesté. Si le hubiera contestado. A Banfield primero y después a San Martín; la carta me la llevé.

_ ¿No la contestaste?

_ Y después cambió todo. Yo era enfermera, trabajaba en San Martín; no le contesté. Y después cambió todo.

Las próximas veces que vi a Leo, casi no hablamos. Ella permanecía en silencio, comiendo alguna cosa dulce que le llevaba. Hace dos días, fuimos al patio y nos sentamos donde no pega el sol. Ella se acercó y me tomó la mano con suavidad. Se veía pequeña, era como si se hubiese encogido. Pero al mismo tiempo estaba luminosa, hasta parecía tener menos arrugas. Sus movimientos eran mínimos, pero armoniosos. Hablábamos en voz baja, casi inaudible.

_ Te quiero decir algo, me voy a casar, pero no lo digas, me voy a casar y quiero que vengas a mi casamiento.

_ ¿Te vas a casar? ¿Con quién? ¿Con Martínez?

De pronto se puso tensa, enderezó la espalda, y con un gesto rápido de su mano y casi gritando contestó:

_ ¡No! ¡Con ese hijodeputa No!

Esta vez fui yo quien la tomó de la mano con suavidad, confortándola. Y con una sensación de profundo agradecimiento le dije:

_ Qué lindo que te vas a casar Leo, y sí, ¡voy a ir a tu casamiento!

La abracé y no hablamos más.

Recién llamaron del geriátrico para avisar que Leonarda, tras casi noventa y seis años, murió. Voy a poner un bolero suave y amoroso como ella, y bailararlo en su honor.

LOS AUTORES



Carmen Báez. Médica. Trabaja como Consultora de salud pública en países africanos con un profundo compromiso social.

Está preparando un libro sobre su militancia en DD.HH. en América, Europa, Asia y África.

Participó también de la primera Antología del taller Literario Letras sin Fronteras.



Daniel Barroso nació en el norte del Gran Buenos Aires, en 1954, y reside en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ha sido incluido en antologías y obtenido premios y menciones en diversos certámenes. En 2001 publicó el poemario 'Ojos de huella'. Y en 2020 la novela 'Cara al viento como un león'. Permanecen inéditos otros libros de poesía y novelas.



Stella Maris Berón es Lic. y Profesora en Psicología. Se desempeña como docente universitaria. Madre de dos hijos, azuleña de nacimiento y porteña por opción, se incorpora al taller Letras sin Frontera en el año 2020.



Mario Capasso ha publicado siete libros: ***El futuro es un tropel absurdo***, cuentos. ***El Edificio***, novela. ***Piedras heridas***, cuentos. ***La Ciudad después del humo***, novela. ***Hasta ahí nomás***, microcuentos. ***Una palabra trae la otra***, cuentos breves. ***Alrededor del camino***, relatos breves. La novela ***El Edificio*** y el libro de cuentos ***Piedras heridas*** han sido publicados en Francia por Editions La Dernière Goutte.



Isabel Cerruti. Nací en Capital Federal, Argentina. Fui detenida desaparecida en 1978 en los C.C de D.T El Banco y Olimpo. Soy Profesora de Historia y Ciencias Sociales. Desde 2005 formo parte de la Mesa de Trabajo y Consenso del ex Olimpo. Luego formé parte del equipo del Espacio y hoy soy parte de su Coordinación. Soy participante del taller Letras sin Fronteras en el ex Olimpo.



Bs.As.1955. Exiliado en México, participa del taller coordinado por Edmundo Valadés. Escribe cuentos infantiles para la enseñanza del español a niños "chicanos". Publica manuales para la Sec. de Educ. Pública mexicana. Regresa y ejerce como docente. Entre 2017/ 19 participa del taller literario "Esa Mujer" coordinado por Elsa Lombardo. Escribe la contratapa del libro "Otras miradas, otras presencias" de E. Lombardo y prologa "Posdata", relatos de sobrevivientes del CD y TE ex Olimpo. Participa de la antología Sin Fronteras (2018). Su obra, por ahora, es inédita.



Nérida Ester Deluchi. Nací en Bahía Blanca y vivo en la Ciudad de Buenos Aires hace veintiséis años. Desde hace tres años participo del taller literario del ex Olimpo, siendo mi tercer experiencia en talleres de escritura. Realicé mi primera publicación en la Antología de Editorial Vergara publicada en el año 2020.



Alba Irene Ferrari, nací en Haedo y prontamente me mudé a La Paternal, Ciudad de Buenos Aires. Participé de la antología que editó el Inadi tras el concurso literario Micaela Bastidas, 2013 y en la publicación Coartadas N°9 de los talleres de la Biblioteca Nacional, 2014. Integro talleres de cuentos y poesías.

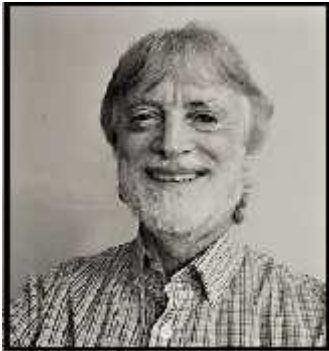


Sonia Gloria Figueras. Es docente obstétrica. Coordinadora del taller Encuentro y de la Antología "Espejos". Ha recibido numerosos premios y menciones por sus cuentos. Ha publicado "En jeans y zapatillas" (reeditado), "Con cierto sentido" , cuentos y la novela "Voy camino al no olvido".

Es su segunda participación como escritora invitada del taller Letras sin Fronteras.



Marta Celia Frega porteña. Participó en talleres coordinados por Elsa Lombardo Verza. Publicó en el Libro de Talleres de Ed. Dunken en la Feria del Libro del Bicentenario. Tuvo Mención de Honor en el 70° Concurso Internacional de poesía y narrativa "Unidos por las Palabras 2020". Docente durante cuarenta años. Participa en el Taller Letras sin Fronteras en el ex Olimpo.



Raúl García Samartín. Comencé con dos libros que pecan de ser más un grupo ordenado de compilaciones que trabajos literarios, pues uno habla del "Hombre político de Maquiavelo" a través de sus obras y el otro se dedica a resaltar la incidencia del ""Poder económico y político en el fútbol".

Me dicen "El nono" que uso como seudónimo y estoy orgulloso de ostentar tan alto galardón. Participo en el Taller Sin Fronteras.



Norma Leto. Nací en Buenos Aires y me siento bastante italiana por la sangre calabresa de todos mis ancestros. Escribo desde los diez años obritas para títeres. Estoy muy agradecida a la vida.

Soy participante del taller Sin Fronteras.



Adriana Lisnovsky; poetisa y cuentista nacida en CABA. Formada en talleres literarios, ha recibido premios y menciones en diversos concursos. Sus trabajos se han publicado también en revistas del exterior. Ha coordinado talleres literarios en centros comunitarios de adultos mayores. Esta es su segunda participación como escritora invitada del taller "Letras sin fronteras".



Hipólito Manganelli (Poly para la gente). Soy músico y profe de guitarra. Nací en el 74, me crié en el barrio de Floresta. Vivo con mi compañera y nuestros dos hijos. La música me acercó a la escritura y ahora trato de hacerlo con técnicas que aprendemos en el taller del ex Olimpo.



Gabriel Horacio Mateo nació en Buenos Aires en 1965. Al vincularse con el ex Olimpo comienza a participar en el taller literario Sin Fronteras coordinado por Elsa Lombardo para retomar el gusto por narrar. Publicó en la Antología Vol. I “Sin Fronteras” en 2018 y en el 2020 en la Antología Virtual en Pandemia de Editorial Vergara.



Raúl Pagnotta. Nací en mi querida Paternal, vivo en Villa Luro, soy tan porteño como el obelisco. Desde joven me gustó recorrer la ciudad y los bares históricos y barriales como Las Violetas, el Tortoni, el Molino y más, así por casualidad llegué al CD ex Olimpo para un curso de computación y conocí el taller Sin Fronteras, me anoté y de la mano de Elsa Lombardo comencé a soñar y concretar mis inesperados sueños de escritor.



María Sol Pérez de Vargas. Su obra consiste en una triada temática: la erótica, la existencia y lo social. La estética definida se observa en toda su obra. Los finales de sus poemas son los que precisan su estilo. En forma paralela con su poesía realizó sus estudios de médica psiquiátrica y Magister en Psiconeurofarmacología



Vanina Santoro (Caseros, 1984) Profesora de Enseñanza Media y Superior en Ciencias de la Comunicación Social (UBA) y de Literatura infantil y juvenil (UNSAM). Capacitadora docente, y mediadora de lectura. Co-fundadora del “Taller literario rodante: Cuentan que Vuelan las Plazas.” Participó en la coordinación de proyectos socioeducativos con niños y niñas en situación de vulneración social, y en proyectos literarios en contexto hospitalario y de encierro. Co-fundadora de Ñandutí, hilo de palabras: emprendimiento integral de mediación, talleres y experiencias literarias, asesoramiento y capacitación.

Autora del primer poemario Niña de viento y tierra (Ediciones en Danza)



María del Carmen Segovia. Es la única asistente al Taller Letras sin Fronteras desde su fundación hasta el presente. Participó en la primera antología en el 2019 y también en la Antología Virtual en Pandemia del año 2020. Es una escritora de gran agudeza, excelente observadora de la realidad y muy buena analista de la conducta de los seres humanos.



Analía Temín. Dosis de soledad y de silencio. Pensamiento. Verbo. Lengua. Literatura. Y la palabra. Lo que veo, recuerdo, siento e imagino... ¡Qué escrito quede!



Marion Vollmer nació en Buenos Aires. Recorrió múltiples caminos de aprendizaje, donde la danza, el deporte y la kinesiología como profesión fueron su manera de comprender el mundo. En 2010 entró al Ex CCDTyE Olimpo en talleres ligados al movimiento...hasta que conoció el taller de Letras Sin Fronteras. Nuevo desafío: el de escribir y moverse en otro plano. Así nace 'Leonarda', su primer relato publicado.

viene de tapa

Ganadora del Concurso Palabras sin fronteras. Instituto Cultural Latinoamericano. Junín, Bs. As. Argentina. (Rubro Cuento 2012).

Coordinadora de talleres literarios en la Feria Internacional del Libro CABA a través de la CTERA.

Miembro titular de distintos concursos escolares, sindicales y barriales.

Recibió el Premio a la Excelencia Cultural otorgado por la Secretaría de Cultura de la entidad Casa Paraguaya.

Coordinadora del taller literario *Esa mujer en la U. B. Primero la Patria*. La Isla de la Paternal.

Actualmente coordina el taller literario *Letras sin fronteras* en el Sitio de Memoria Ex Olimpo.

Ricardo Vergara
Ediciones

edicionesvergara@gmail.com

Letras: espacio donde se dibujan geografías. Donde el Río Yuro guarda la mirada del Combatiente Eterno. O se divisa, en la puna el viaje iniciático de Goyo. O se hablan mil lenguas en un exilio trashumante. O donde se mezclan el Ayer con noches de secuestro desvelado, hasta un Hoy de flores y velas. O la Patagonia donde la niña de viento y tierra disfruta de las flores amarillas, salvajes.

Geografías de plazas para hamacarse Penélope, esperando al amado. Y donde se mece ¿Agustín? en un vaivén sin final ni identidad. Y donde hace un alto ese desconocido, descansando sus fatigas.

Geografías de Leonarda, enfermera de la Fundación Evita. O Trudis, la investigadora. O Chantal, que agoniza junto con los sueños de su madre.

De bares, donde Barbita quema noches de monólogos, tangos y wiski; de milongas en una esquina, para que María ¿o Malena? cante un tango. De la de Artigas, cerrada por pandemia. Y de fiestas donde, a la luz de un relámpago, se conoce a la mujer que será amor, universo, sol, luna, semilla.

Calles por donde levanta vuelo la muchacha ojos de papel. O la que va a cruzar esa panza fértil y quedar fija en una foto casual. Por las que se caminan once cuadras con frío de barrio porteño. Y las que recorren para ser dos en un café, ternura de abuelo y nieta.

Y geografías con ventanas para asomarse a la pandemia de los 50, u otra, donde para romper la rutina, solo había que dejarla abierta.

Anhelos de abrazos que nos debemos, porque el lugar de cada cosa ha perdido su hábito y somos la quietud en el vértigo de lo que nos abandona. En el final, el arco iris nos mecerá. Y podremos poner el corazón arriba de la mesa a disposición.

Elsa Lombardo Verza

Coordinadora

Ricardo Vergara
Ediciones
☎1162312760